



ASOCIACIÓN DE HUÉRFANOS
DEL EJÉRCITO

Píñafanos

Boletín nº 18 - Año 2025



SEVILLA



BURGOS

Madrid

ZARAGOZA

CÁCERES

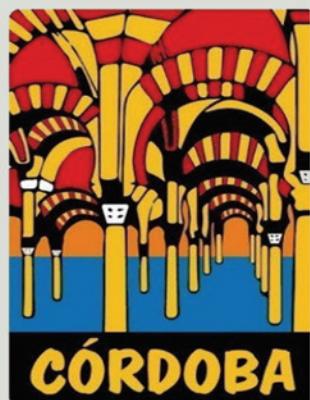


MÁLAGA

Oviedo

GUADALAJARA

PADRÓN



VALENCIA

LOGROÑO



Aranjuez



SUMARIO

SALUDA DE LA PRESIDENTA	2
XIX DÍA DEL PÍNFANO	3
PRESENTACIÓN	3
CRÓNICAS	4
CRÓNICA ABREVIADA	4
CRÓNICA CIRCULAR DESDE LA CAMA	5
REUNIÓN POR TIERRAS DEL CID	7
BIENVENIDA Y ENTREGA DE PREMIOS	9
RESULTADO DE LOS CONCURSOS	11
CONCURSO DE RELATOS	12
PRIMER PREMIO «SOLO PENSABA EN MÍ»	12
SEGUNDO PREMIO: «EL CAJÓN»	15
MENCIONES	17
EL RELOJ	17
MI PRIMER DIEZ MIL	19
UNA TARDE DE CINE	21
LAS LÁGRIMAS SANADORAS	24
EL INTERNADO Y LOS GRUPOS	26
AVVENTURAS INÉDITAS EN EL COLEGIO MARÍA CRISTINA	31
CONCURSO DE FOTOGRAFÍA	33
PRIMER PREMIO: «LAS LAGUNAS SALINAS DE TORREVIEJA Y LA MATA»	33
SEGUNDO PREMIO «NIEBLAS Y CENCELLADAS»	35
MENCIONES	36
VIDA SALVAJE	36
CARNAVAL EN NUEVA ORLEANS	37
UNA SILLA PARA GUILLERMO	38
PRESENTACIÓN DEL LIBRO «HISTORIA DE LOS COLEGIOS DE LA INMACULADA, SANTIAGO Y SANTA BÁRBARA Y SAN FERNANDO»	39
INTRODUCCIÓN DE MARTA GONZÁLEZ BUENO	40
INTERVENCIÓN DE SANTIAGO DE OSSORNO	41
INTERVENCIÓN DE JAIME TASCÓN CASALS	43
INTERVENCIÓN DE JESÚS ANSEDES MOURONTE	44
ASOCIACIÓN RETÓGENES	45
NOTICIAS DE LA AHE	46
EVENTOS DE LAS DELEGACIONES 2024	46
ENTREGA DE PIN DE ORO	46
DELEGACIÓN DE VALENCIA, MURCIA Y BALEARES	46
DELEGACIÓN DE MADRID Y CASTILLA LA MANCHA	47
DELEGACIÓN DE VALENCIA, MURCIA Y BALEARES	48
ENTREGA DE LIBROS AL PAHUET	49
JURA DE BANDERA EN TOLEDO	50
ACTO MILITAR EN VALLADOLID	51
ENTREVISTAS A PÍNFANOS	52
ÁNGEL ASENSIO ABUJA	52
JUAN ANDRÉS ÁLVAREZ PÉREZ	56
FRANCISCO ALBÍNANA MORÁN	57
VISITACIÓN ENRÍQUEZ PÉREZ	60
NATI JAIME	61
PÍNFANOS EN EL RECUERDO	62
COMUNICADOS	63

SALUDA DE LA PRESIDENTA

Marta González Bueno



Queridos píñfanos, familiares y amigos de nuestra Asociación.

Es motivo de alegría para mí saludarlos desde estas páginas en las que dejamos constancia de que nuestra Asociación continua su recorrido con vitalidad y entusiasmo.

Quiero en primer lugar agradecer su trabajo a los miembros de la Junta Directiva que se esfuerzan para que todo salga bien y esté a punto. Igualmente, agradezco a los socios que, con sus sugerencias, colaboraciones y asistencia a los diferentes actos, contribuyen al buen funcionamiento de la Asociación.

Comenzamos nuestra andadura en este periodo con una visita a la Sala Histórica que custodia el Patronato, donde un pequeño museo, susceptible de ser ampliado, acoge algunos de los testimonios de nuestro paso por los colegios. Entre ellos voy a permitirme citar el libro de oro del internado de Aranjuez, una pequeña joya, donde figuran los nombres de las alumnas que en cada curso escolar destacaron por su buen comportamiento. Algunas páginas las podéis ver en el libro que publicamos en 2012 sobre ese internado.

Nuestra particular biblioteca se ha visto enriquecida por el trabajo realizado sobre los colegios de la Inmaculada, Santiago y Santa Bárbara y San Fernando. La presentación del libro, el día del Píñfano celebrado en Burgos, fue todo un aconte-

cimiento que contribuyó a dar realce al encuentro. Posteriormente, ya en Madrid y en una jornada entrañable, se hizo entrega de varios ejemplares del libro al General Fernando Maté, autor del prólogo del libro. El ambiente de camaradería en el que se desarrolló el acto es una muestra evidente de las buenas relaciones que se mantienen con la Institución, tal y como se ha puesto de relieve, desde las páginas de nuestro boletín, en diferentes ocasiones

Por primera vez se ha participado en el homenaje a los caídos por la Patria, militares y huérfanos de militares, que, con motivo de la festividad de los fieles difuntos, tiene lugar en el cementerio del Carmen de Valladolid. Es un acto sencillo y lleno de simbolismo, que refuerza los sentimientos de comunidad.

El día 8 de noviembre un grupo de píñfanos participó en una jura de bandera para personal civil, en la ciudad de Toledo. La ceremonia resultó especialmente emotiva, tanto por el acto en sí, como por nuestros vínculos con la ciudad de Toledo.

En las páginas siguientes encontrareis testimonios gráficos de algunas de estas actividades.

Quiero mandar un abrazo especial a los familiares y amigos de todos aquellos que nos han dejado en este periodo. Tengo la certeza de que ellos descansan en paz.

Y a todos vosotros, compañeros, amigos, hermanos, todo mi cariño.

XX DÍA DEL PÍNFANO

PRESENTACIÓN



Foto de grupo frente a la Residencia 2 de Mayo en Burgos

CRÓNICAS

CRÓNICA ABREVIADA

Por Marta González Bueno



Hace más de una semana, el martes, 13, defiendo a la mala fama de la fecha, empezaron a llegar a Burgos algunos *píñfanos*, una especie de seres entrañables generosos y animados, forjados en mil batallas.

Teníamos convocado nuestro encuentro anual los días 14, 15 y 16 de mayo.

Como enamorada de la ciudad donde nací y donde habito, pude constatar desde el principio la grata sorpresa que la ciudad causaba en mis queridos píñfanos, así que mi alegría y orgullo se hacían más intensos a medida que comprobaba como algunos ya habían conocido lugares y ambientes entrañables. Y hasta se atrevieron a entonar algunos versos del himno de la ciudad:

Tierra sagrada donde yo nací. / Suelo bendito donde moriré.

Me hubiera gustado enseñaros más rincones, más obras de arte, pero el tiempo es limitado, y eso a pesar de la puntualidad de la que hicimos gala. Los que adelantaron su venida o retrasaron su marcha, han tenido la fortuna de disfrutar y conocer más, como han dejado constancia en los variados y estupendos reportajes fotográficos. Gracias por ellos.

La asamblea anual estuvo concurrida como pocas veces, quizás a la espera del acto que venía a continuación, la presentación del libro escrito por nuestros compañeros Jesús, Santiago y Jaime. Todo un éxito que nos predispuso a disfrutar del ágape preparado en la misma Residencia que nos hospedó.

La Eucaristía celebrada en la capilla de Santa Tecla de la catedral, se quedará en nuestro recuer-

do, como uno de los actos que más nos une y en la que el sacerdote se unió a nuestro sentir *casi* como uno más.

Pero como la perfección no existe, hubo problemillas que, afrontados con mejor o peor talante, y de menor o mayor repercusión, se solucionaron con la voluntad de favorecer a todos. Gracias también por vuestra comprensión.

Hasta el próximo encuentro, quizás en Valladolid, el 2 de noviembre, quizás en Toledo, el 8 de noviembre. Seguro que en Salamanca en 2026.

Anexo

Al final de mi breve crónica sobre el XX Día del Píñfano en Burgos decía que la perfección no existe y que habíamos tenido pequeños contratiempos.

Uno de ellos, el más importante, la mala caída que una compañera tuvo, de la que, por suerte, está recuperándose.

Lo que no sabíamos era que el más que tristemente famoso COVID andaba entre nosotros. Ignoro si alguien lo trajo en su maleta o se tropezó con él en la calle, pero el hecho es que se hizo huésped de algunos píñfanos, y se manifestó una vez finalizada la pinfanada, molestándoles e impidiéndoles seguir con sus rutinas o realizar sus deseos.

Afortunadamente, a punto de terminar el mes de mayo, parece que todos los afectados están recuperados. Cuidaos, que tenemos que vernos pronto. ¡Larga vida a los píñfanos!

CRÓNICA CIRCULAR DESDE LA CAMA

Por Santiago de Ossorno



En Burgos lo hemos pasado muy bien aunque haya vuelto a casa atacado por una especie feroz y desconocida de gripe burgalesa¹ no achacable en absoluto a la perfecta organización del evento.

Todo empezó el miércoles temprano, dejamos diluirse el atasco matinal de la M-30 y enfiamos la A-1, como íbamos bien de tiempo paramos en Lerma para visitarla y tomar algo; había mercadillo en la plaza aunque, debido a lo temprano de la hora, todos los restaurantes típicos de lechazo estaban cerrados, solo pudimos pasear un poco por el centro, ver la campiña del río Arlanza desde el mirador de los Arcos y tomar algo ligero sentados en la terraza del bar el Círculo Católico de Obreros que no es circular, no tiene pinta de iglesia y obreros no vimos ninguno, estarían trabajando.

Pero elegimos bien porque se trata de un bar con esencia de pueblo, punto de encuentro de toda la vida, donde cada conversación se mezcla con el sabor de la tierra. Tomamos un aperitivo sencillo y proseguimos viaje.

Al llegar a la Residencia antes de las dos, aprovechamos para comer, en el comedor vemos a Paca que nos cuenta que había sufrido un vértigo y tuvieron que llamar al 112, por lo que sabemos el equipo médico que la atendió era de primera categoría.

En la mesa nos enteramos de que Maricarmen se ha caído en la estación y los del 112 la han llevado al hospital, malas noticias que se confirman

posteriormente, la buena de Maricarmen tiene un problema serio en la cadera; tras avisar a su hija la decisión tomada por la familia fue trasladarla a Madrid para operarla.

Pasado el trago de las malas noticias, subimos a descansar un rato; nos ha correspondido la habitación 112, me da mala espina el número pero yo no creo en supersticiones ni en cosas raras, es una mera casualidad y no voy a darle mayor importancia a la coincidencia.

Se acerca la hora de prepararnos para asistir a los actos del día, bienvenida de la presidenta, entrega de carnés a los nuevos socios, premios a los ganadores de los concursos y la cena del Encuentro; me había llevado dos pantalones a estrenar para dar buena imagen, pero cuando intento ponerme el que iba a utilizar esa tarde ¡no me lo podía abrochar! ¿Qué ha pasado, habrá sido por el piscolabis en Lerma, si solo ha sido un pincho de tortilla?

Enseguida nos damos cuenta de que por error hemos metido en la maleta un pantalón que no tocaba, el nuevo, del mismo color y forma porque yo soy de vestir siempre igual, lo hemos dejado en casa; bueno, no pasa nada, me pondré el otro que he traído para los actos de mañana y que también hace juego con la chaqueta.

Al sacarlo de la maleta e intentar ponérmelo no puedo dar crédito ¡tampoco me lo podía abrochar! ¿Qué está pasando? Lerma no puede ser la causa porque los compré al sábado pasado, me los probé,

¹ Pues al final no ha sido la gripe burgalesa, sino una vulgar COVID-19, bien conocida por todos.

con lo poco que me gusta esa parte de las compras, y me venían bien. Segunda equivocación, de nuevo habíamos dejado en casa el nuevo.

Como la alternativa era bajar en vaqueros o en calzoncillos, decidí ponérmelos haciendo de tripas corazón, a duras penas consigo abrocharlo pero la sensación que tengo es que en cualquier momento el botón saldrá disparado y tendré suerte si no le salto un ojo a alguien.

En la mesa la sensación de malestar va creciendo a medida que voy dando cuenta de la rica cena, me estoy poniendo rojo y no sé si se debe a la hipoxia o al chupito de quemada cortesía de Papi, pero afortunadamente el botón resistió firme en su ojal; cuando a la hora de acostarme me quité la faja pantalón, no veía la hora de hacerlo, sentí un gran alivio, es que no podía aguantar más.

Antes de eso estuve haciendo fotos a diestro y siniestro, casi sin respirar no fuera qué, pero desde el primer disparo notaba que algo no iba bien, las fotos salían muy oscuras a pesar de utilizar el flash. ¿Qué estará pasando? No tenía idea ni tuve reflejos para investigarlo, se ve que las apreturas del pantalón me debieron cortar la circulación de la sangre hacia el cerebro.

Al día siguiente tocaba visitar la magnífica Cartuja de Miraflores y el espléndido MEH antes de sentarnos a comer estupendamente en el Circulo de la Unión (el casino para los de Burgos), llamar círculos a los bares y restaurantes lo mismo es una costumbre local, por lo que sea me acordaba de la cuadratura del círculo que nos contaban en el colegio; no me lo pienso y decido ponerme los vaqueros, elegante no iré pero al menos podré respirar; la parte fotográfica no reacciona, saco fotos a todo lo que se mueve pero sigo con la mosca tras la oreja. Empiezo a pensar que me ha mirado un tuerto, ¿qué habrá pasado en Lerma?

Al volver a la Residencia propongo a la organización hacernos la tradicional foto de grupo, al bajar del autobús Lola se adelanta corriendo y sube a toda prisa a la 112 para traer el trípode, pretendo que la foto de grupo salga bien y de paso salir en ella porque en otros Días del Píñfano me había quedado fuera de plano.

Emplazo el trípode, programo la foto en espera, 10 segundos serán suficientes para apretar el botón, colocarme en el grupo y esperar a que la cámara tome las tres imágenes programadas ¿qué puede fallar? Aparentemente todo ha salido bien, ni siquiera me ha atropellado un coche de los muchos que pasaban por allí y finalmente el grupo se dispersa sin incidentes.

A la posterior Asamblea y Presentación del libro no tengo más remedio que ir en vaqueros lo cual me parece fatal pero a grandes males grandes remedios, lo bueno es que al estar sentado solo se me verá de cintura para arriba como a los del telediario, nadie se daría cuenta de mi desaliño indumentario si no fuera por la camisa de cuadros.

Mientras Lola saca algunas fotos de la presentación me avisa de que algo no está bien, tiene una sensación rara, como si las fotos estuvieran saliendo mal. Sensaciones raras también tenía yo, me notaba acalorado, abanicándose sin parar y bebiendo agua, entonces no lo sabía pero seguramente estaba pillando algún virus puñetero que yo achacaba a los nervios del momento.

Durante el cóctel nocturno posterior apenas probé un par de canapés y una croqueta de queso, no tenía ganas de comer y eso en mí es un síntoma claro de estar malo; tras sacar algunas fotos más decidí repasar la cámara, aprovechando que el flujo sanguíneo parece que vuelve a circular con la debida normalidad.

Entonces descubro el problema, en reuniones de este tipo suele utilizar el modo automático de fotografía por ser el más cómodo y rápido, enfocas y disparas, pero debido a algún descuido en su manipulación el disco selector (por supuesto, circular) estaba colocado en modo manual.

Para compensar el disgusto me quedaba la esperanza de que Serafín (QEPD), con quien compartía labores fotográficas, no tuviera el mismo problema con la cámara que yo con los pantalones y hubiera podido inmortalizar los mejores momentos de la reunión.

Al llegar a Madrid lo primero que hice fue constatar que los dos pantalones nuevos estaban colgados en sus perchas correspondientes y descargar urgentemente las fotos para ver si se producía un milagro, aclaro que no hubo suerte.

Enseguida empecé a notar malestar general, sudores fríos, dolor en las coyunturas y décimas de fiebre; con tanta contrariedad he debido pillar una gripe de las malas que me ha mantenido en cama día y medio.

Aunque no hay mal que por bien no venga, ya que durante mi estado febril no he pensado ni un segundo en los pantalones ni en las fotos y ahora que estoy casi recuperado empiezo a asumir los errores en cadena, pasando página para no quedarme con ellos dentro.

Eso sí, el próximo Día del Píñfano al que acuda procuraré que no me toque la habitación 112.

REUNIÓN POR TIERRAS DEL CID

Por Natividad Jaime Santamaría



De nuevo estamos en Mayo y llegó la fecha de nuestro reencuentro. A pesar de que no ha pasado un año desde que nos vimos en Córdoba la convocatoria ha sido todo un éxito y hemos sido casi un centenar los que hemos acudido a la bonita ciudad de Burgos para celebrar nuestro encuentro.

El día 14 fuimos llegando en coche, autobús o tren. Nos alojamos en la Residencia Logística Militar Dos de Mayo y allí, conforme íbamos llegando, fuimos saludando y abrazando a los compañeros.

A las 7 de la tarde se procedió a entregar las credenciales a todos y a continuación pasamos al comedor para «La Cena del Encuentro».

Antes de empezar se procedió a entregar el Pin de Oro, los carnets a los nuevos socios y los premios de los concursos de Relatos y Fotografías.

A una hora prudencial después de las tertulias, risas y recordar muchas anécdotas, nos retiramos a descansar porque al día siguiente había que madrugar.

El día 15 después de desayunar salimos en dirección a La Cartuja de Miraflores, allí nos esperaba la guía que nos acompañó en el recorrido detallando todas las maravillas que alberga este monasterio.

De allí nos trasladamos al Museo de la Evolución Humana.

Una visita interesantísima y muy bien explicada por la guía.

Después fuimos paseando hasta El Círculo de la Unión donde celebramos «La comida de Hermandad».

Al terminar, vuelta a la Residencia a celebrar la Asamblea General.

Había muchos temas a tratar y se alargó mucho. En nuestra Página podéis leer el Acta.

Tras unos minutos de descanso se procedió al acto de Presentación del nuevo libro sobre nuestros colegios.

En esta ocasión, Historia de los colegios de La Inmaculada, Santiago y Santa Bárbara y San Fernando.

Nuestra presidenta Marta González Bueno inició la Presentación y a continuación sus autores contaron el proceso que había llevado su escritura. Tanto Santiago como Jaime y Jesús hablaron con el corazón, se emocionaron y nos contagieron su emoción a los presentes.

Luego se repartieron los libros que estaban encargados y a los que lo quisieron.

He de decir que hay mucho que leer y está lleno de fotos.

A continuación degustamos un catering y nos retiramos.

El día 16 a las 9:30 salimos en bus hacia la Catedral para la visita guiada.

Creo que todo el mundo estamos enterados de lo que representa en el gótico la Catedral de Burgos. Una maravilla, cada rincón tiene su historia que la guía se esmeraba en explicar. No faltó contemplar el famoso Papamoscas dando las horas.

Después oímos la Misa en la capilla de Santa Tecla, al final como es habitual entonamos «La

muerte no es el final» recordando a nuestros padres y a los compañeros que nos han dejado mientras depositamos en el Altar una vela con la Bandera de España.

Después volvimos a la Residencia para nuestra «Comida del Adiós».

Al acabar, empezaron las despedidas, besos, abrazos y buenos deseos para podernos encontrar el año que viene que nos reuniremos en Salamanca.

Fue la ciudad elegida por mayoría en la Asamblea.

La Pinfanada ha sido todo un éxito. El alojamiento perfecto, todo el personal nos ha atendido de maravilla.

Solo queda dar las gracias a los que han organizado el encuentro por el cariño y dedicación que han puesto.

Mil gracias de corazón.

¡Hasta el año que viene!

BIENVENIDA Y ENTREGA DE PREMIOS

Hay dos momentos destacados en los Días del Pínfano, como son dar la bienvenida a los nuevos asociados y la entrega de premios a los ganadores de los concursos de relatos y fotografías. Todos los relatos y fotos presentadas a los concursos están publicados en la página web.

En cuanto a las fotografías que acompañan este artículo la mayoría son obra de Serafín García García (QDEP) que, como ha hecho durante tantos años, inmortalizó el evento, y de Lola Gómez.



Lola, Paca y Carmen



Esperanza y Ceferino



Lola, Francisca y Rafael



Antonio y Ana María



Lola, Lola y María



Jesús, Jaime y Santiago



Lucas y Alicia



José Antonio González Carmona



Ana María Relats Linares



Leopoldo Jorge Espejo Barneto



Francisco Antonio Alonso Alaminos



Carmen Acosta Ortega



Antonio Benéitez Ballesta



Francisco Álvarez López



RESULTADO DE LOS CONCURSOS

CONCURSO DE RELATOS

PRIMER PREMIO	Solo pensaba en mí	Antonio Benéitez Ballesta
SEGUNDO PREMIO	El Cajón	Francisco Álvarez López
MENTIONES	El Reloj	Marta González Bueno
	Mi primer diez mil	Santiago Ossorno de la Puerta
	Una tarde de cine	Antonio Benéitez Ballesta
	Las lágrimas sanadoras	Carmen de Miguel Sánchez
	El internado y los grupos	Antonio Benéitez Ballesta
	Aventuras inéditas en el colegio M ^a Cristina	Alicia Redondo Saussol

CONCURSO DE FOTOGRAFÍA

VII PREMIO LOLI IZAGA

PRIMER PREMIO	Las lagunas salinas de Torrevieja	José Antonio González Carmona
SEGUNDO PREMIO	Nieblas y cencelladas	Ángel Asensio Abuja
MENTIONES	Vida salvaje	Marta González Bueno
	Museo Mardi Grass en Nueva Orleans	Santiago de Ossorno de la Puerta
	Una silla para Guillermo	Alicia Redondo Saussol

CONCURSO DE RELATOS

Todos los relatos presentados al concurso están disponibles en la página web.

PRIMER PREMIO «SOLO PENSABA EN MÍ»

Por Antonio Benéitez Ballesta



Mi padre, al que estaba muy unido, había fallecido recientemente cuando yo tenía nueve años, mi estatus de niño huérfano me costaba asimilarlo y me enfrentaba a un cambio brutal en mi vida, ya nada iba a ser igual que antes, la situación mental por la que atravesaba era de un absoluto desconcierto.

En tan solo dos meses de mi corta vida, todo se me ha venido abajo; a la muerte de mi padre, que para mí fue un suceso ya de por sí desgarrador, había que añadir el anuncio y la certeza de mi obligado internamiento en un colegio de huérfanos del Ejército, en un recóndito y alejado pueblo de La Coruña conocido por Padrón y del que nunca había oído hablar.

Todo ello era demasiado para mi infantil personalidad, dado que las consecuencia eran traumáticas, se tuvo que suspender mi comunión anunciada para mayo de ese año como una prueba más del luto en el que se encontraba mi familia.

Ya no había nada rutinario, ni fijo, ni perdurable, la asistencia a clase se había convertido en un suceso transitorio, de poco valía aplicarse si el curso que viene ya no volvería a la misma escuela;

mi relación con los amigos de la escuela y el barrio se había difuminado de una forma alarmante, jugaba, sí, pero mientras lo hacía no podía evitar pensar que tarde o temprano toda mi actividad pasará a un segundo plano.

Más de una noche, cuando la casa estaba sumida en el silencio y la oscuridad inundaba mi habitación, mis ojos vivos todavía permanecían abiertos, mi pensamiento volvía una y otra vez al internado sin proponérmelo pensaba en lo que supondrá tal evento en mi vida; dejar sus paseos curiosos por la ciudad; abandonar las escapadas para bañarse en las bravas y turbulentas aguas del río que atravesaba la ciudad en los días calurosos de la meseta; saltar sobre los charcos helados y liberar a las piedras y plantas antes capturados por la capa de hielo en los fríos días del invierno; como tampoco disfrutaré de mis correrías entre los árboles armado con un artesanal tirachinas a la caza del gorrión despistado que canturrea ausente de lo que le venía encima; también dejar mis competidos partidos de fútbol en las campas cercanas al Hospital Provincial, donde en breve me sacarán la tarjeta roja camino del internado etc.

Aun así para mí la vida seguía. No obstante, la fecha del ingreso era inamovible, en septiembre ya estaré ingresado o dicho de otra forma internado. Que tremenda soledad e incertidumbre me venían encima. Mi ingreso en el internado era inminente y próximo.

Antes y por consejo de mi madre, tuve que hacer frente y en solitario un indeseado y protocolario acto social, como era despedirme de los familiares más allegados. Yo, odiaba este tipo de actos, no solo porque no estaba acostumbrado sino también por lo que de superficial que tenían, además alargaban en exceso los momentos previos a la dolorosa partida, por ello deseaba que pasase cuanto antes, no tenía objeto soportar tantas y repetidas compasiones.

Comencé a visitar, con cierta amargura y muy enfadado, no entendía porque mi madre no me acompañaba en tal evento, ella estaba más acostumbrada a estas relaciones sociales que yo pero... Tuve que realizar múltiples visitas, bajo un protocolo que odiaba y a la mayor celeridad, no me daba tiempo a acudir y cumplimentar mi despedida familiar. Múltiples, variadas y rápidas fueron las visitas realizadas a los familiares eran muchos y el tiempo escaso. Todas las visitas, presentaban el mismo perfil, insoportables, mecánicas y de cansada rutina donde se repetían los mismos actos y las mismas frases, acompañadas de sonrisas fáciles y casi metálicas, de besos mejillósos que sonaban como latigazos cerca del oído; besos como banderillas debido a que algunas tías ya mayores que habían perdido cualquier apunte de coquetería femenina, presentaban una fila desordenada de bello recio en su labio superior que como dardos se hincaban en mi pueril mejilla; por su parte los hombres me extendían la mano, apostillando una frase odiosa que acompaña al gesto... "Entre hombres, nada de besos".

Yo, lo estaba pasando francamente mal es-
cuchando una y otra vez las mismas preguntas y frases... "Piensa siempre que, es por tú bien". "En el colegio encontrarás muchos amigos". "No te preocupes, el tiempo, pasa muy deprisa" "Por Navidad volverás a casa" nunca volví. "Pórtate bien". "Estudia mucho", pero de entre todas, hubo una frase que se grabó en mi mente por encima de las otras... "El mal camino andarlo pronto". Algun familiar por fin pensó que irse interno no es tan bueno como dicen y me animaba con tan determinante frase, a que cuanto antes pasara este mal trago mejor; era la pura realidad todo hasta lo malo tiene un fin, pues que así sea. De golpe y porraco me entraron ganas de que mañana llegara cuanto antes y de esta forma estar más cerca del final. Gracias a Dios, las visitas finalizaron y con ello volvió la normalidad, aunque de mi mente no desapareció la angustia, la zozobra ni la incertidumbre.

A pesar de lo alejada que parecía la fecha de ingreso en el internado, esta llegó, en el mes de septiembre de aquel funesto año de mil novecientos cincuenta y siete. Día de la partida, el viaje lo haré en tren. Ese día, no iba a dormir, puesto que la hora de salida del tren hacia la Galicia lejana, era a las dos de la madrugada. Mi madre y yo, salimos de casa, recorrimos varias calles en absoluta soledad solamente acompañados por las tenues luces de las farolas, y finalmente enfilaron la carretera hacia la estación, un gran edificio con una gran puerta principal que parecía iba a fagocitarme, la atravesamos, ahora mi madre y yo cogidos de la mano y en silencio, nos encontramos de pie el uno al lado del otro yo, con mi maleta en la mano que contenía los pocos enseres que yo tenía, pero que iba a ser mi compañera de viaje, mi madre con un pañuelo y un papel en la otra mano.

Algunas personas taciturnas transitan con pasos inquietos y pasaban cerca de nosotros, las menos, se percataban de mi presencia otras siguen sumidos en sus inquietudes. Madre e hijo, permanecíamos de pie quietos, sin hablarnos ni mirarnos cual estatuas de sal; en el reloj de la estación de esfera blanca y grandes números negros, las agujas se empeñaban en cumplir su trabajo, mientras la del segundero repetía una y mil veces su viaje, la otra la de los minutos obedecía puntualmente el ritmo impuesto y a cada vuelta de la primera, la segunda daba un paso seco y duro hacia el siguiente minuto, mientras la aguja horaria espera su turno. Son las una cuarenta y cinco de la madrugada el tren está próximo a llegar.

Yo estaba embargado por diversas sensaciones de temor, incertidumbre, desconfianza, soledad, curiosidad, pero especialmente de resignación; la suerte está echada no hay vuelta atrás. Ahora el tiempo en la estación parece haberse detenido. Yo, seguía enfrascado en mi futuro, me iba de casa y de la ciudad y mi madre y mis hermanos menores se quedaban. No era justo, contrariado no me explicaba por qué mi madre no me hablaba, no lloraba en una situación donde todas las madres deben llorar el asunto no era para menos. No era justo.

Un hombre vestido de rigurosa etiqueta, con una banderín en una mano y en la otra un candil con débil y titilante llama en su interior se acercó a mi madre, algo le dijo al oído, ella asintió y le dio las gracias. Por el altavoz de la estación, se anuncia la llegada del tren expreso con destino La Coruña; algunas personas, se aproximan al borde del andén. A lo lejos se observa una potente luz que se acerca a gran velocidad, rodeada de humos y estridentes ruidos, es la locomotora que arrastra escandalosamente al tren que me llevará a mi destino, se aproximaba entre chirriantes ruidos metálicos a la estación; me, asusté un poco y di un paso hacia atrás, mi madre conmigo.

El tren, como cansado del esfuerzo se paró frente a nosotros levantando mil quejas; los dos permanecimos cogidos de la mano pegados el uno a la otra, mientras una nube de vapor nos invadía, del tren nadie se baja; esperamos un instante, el vapor desaparece el vapor, al fondo algo más alejado de donde nos encontrábamos los dos se abre la puerta de un vagón, un hombre también uniformado se asomó a la misma, es el revisor que bajó al andén y se acercó a nosotros; al llegar saludó a mi madre, esta le extendió un papel que el recién llegado recogió y examinó detenidamente, después el hombre me miró a mí y esperó un instante para que madre e hijo nos despidiéramos. Yo, contrariado fui mohínno en la despedida, mi madre, se arrodilló junto a mí y ahora con un ligero apunte de llanto, me dio dos besos que recibí serenamente; el hombre lanzó unas palabras de ánimo a mi madre de mí ni se acordó, finalizada la despedida, el empleado me cogió de la mano, mientras yo mantenía en la otra la preciada maleta y juntos subimos al tren.

Por un instante desaparecí más tarde me asomé a la ventana del departamento donde fui ubicado, desde allí pude ver como mi madre desde el andén recitaba una serie de frases que yo no llevé a entender. La verdad me sentí muy mal fui tratado como un paquete cuya importancia no era el contenido del mismo sino su destino. Un gran silbido, anunció que el tren de nuevo se ponía en marcha, perezosamente comenzó a moverse mi madre desde el andén, agitaba nerviosamente la mano y casi agónicamente me lanzó a gritos varias frases... ¡Te quiero! ¡Cuídate! ¡Escríbeme cuando llegues! Bruscamente finalizó la despedida.

Todo pasó muy rápido. Yo llegué al internado, en Padrón, y me adapté perfectamente a la vida del mismo, no me resultó difícil, era buen estudiante, mejor deportista y un buen amigo. Después pasé por varios colegios más, acabé mis estudios o dicho de otra forma llegué a ser un "hombre de provecho". Hoy estoy casado y jubilado jubiloso, tengo un hijo y una hija maravillosos, una mujer que siempre me entendió y una madre que siempre ha estado a mi lado, pero en el fondo yo guardaba como un poso amargo el comportamiento de mi madre el día de mi partida hacia el internado.

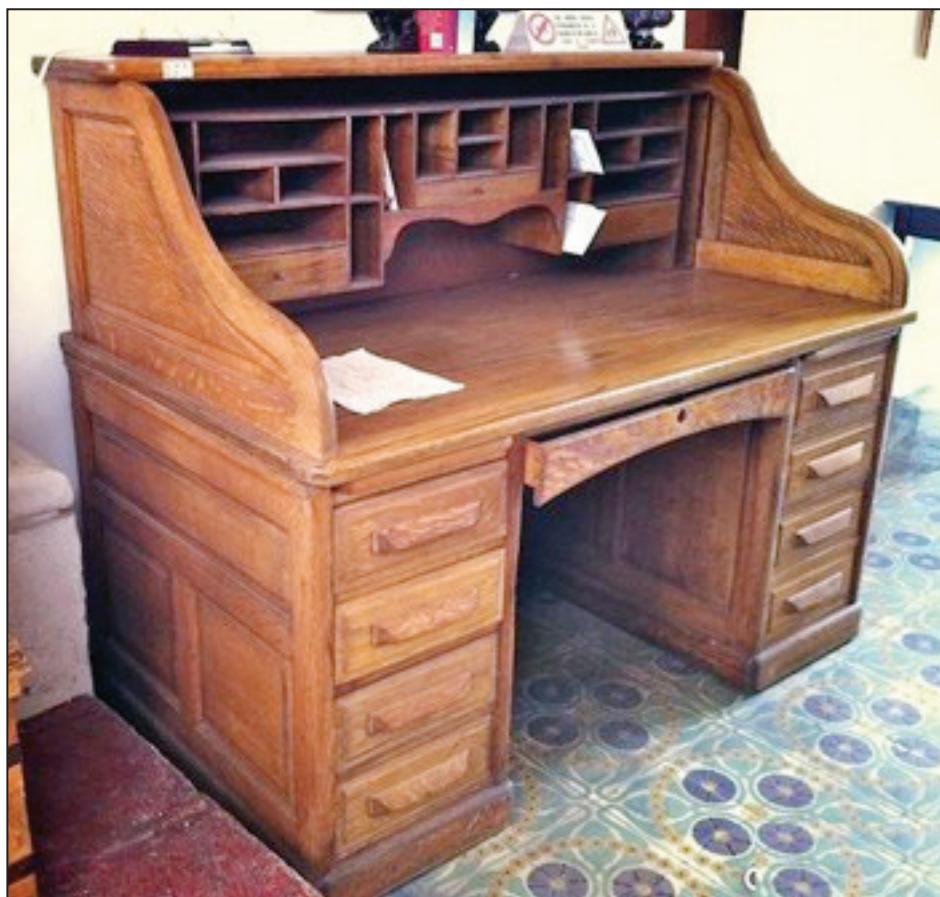
Hasta que en unas navidades en mi casa a la que había invitado a mi madre como no podía ser menos, sucedió un hecho que por improvisado y maravilloso no dejó de afectarme en gran medida y que fue el cierre de mi amargura residual. Sucedío improvisadamente. Mi hija, es una acreditada sicóloga y una maravillosa nieta a la que siempre le gustó oír y hablar de mis peripecias por los internados, pero esta vez se centró en su abuela y le espetó una pregunta que a todos nos sorprendió le preguntó... Abuela... ¿De tu vida dime cuales han sido los momentos más duros?

Mi madre, empezó a llorar desconsoladamente y haciendo de su flaqueza una virtud, dijo sin pensárselo. El día en que murió tu abuelo y el día que despedí a tu padre en el andén de la estación, por estas razones en vida me he muerto dos veces. Francamente afectado, me levanté, fui hasta donde estaba mi madre y mientras la abrazaba le dije con el corazón roto.

¡Perdona madre, solo pensaba en mí!

SEGUNDO PREMIO: «EL CAJÓN»

Por Francisco Antonio Álvarez López



Antes de que los militares fueran todos profesionales, como ahora, era costumbre que los Oficiales de cierta graduación, tuvieran a sus órdenes directas a un soldado de reemplazo conocido como asistente, al cual trataban normalmente como a un miembro más de la familia. Es por ello que la mayoría de estos soldados, cuando tenían que ir a la “mili” deseaban ser asistentes de algún Oficial, porque sabían que de aquella forma, la vida en el cuartel les resultaría mucho más cómoda y llevadera.

Hace algunos años recibimos una carta dirigida a: Marcos Álvarez Gallego o familiares. La remitía Ramón Molins, un asistente de un pueblo de Lérida que mi padre había tenido hacía más de cuarenta años. Yo fui el encargado de llamar por teléfono a Ramón y darle la triste noticia del fallecimiento de mis padres. Al oír el llanto de aquel hombre de 70 años, pude comprobar el cariño mutuo que existía entre el asistente y mis padres. Siempre recuerdo la ternura con que mi madre nos contaba historias de Ramón. Es por esto que para nosotros era ya el tío Ramón. Mamá, cuéntanos cosas del tío Ramón, le decíamos de vez en cuando. Hoy en

día seguimos manteniendo una estrecha amistad con aquella entrañable familia. Otro asistente de mi padre era Pepe, al que llamaban el francés, el cual le hizo para su despacho un mueble escritorio con numerosos cajones de los cuales, solo uno tenía cerradura.

El día que lo puso en su habitación le había dicho a mi madre: Isabelita (así era como la llamaba), cuando entres y limpies la habitación puedes hacer lo que quieras, pero te voy a pedir un favor: no abras este cajón, hasta el día de nuestro 25 aniversario de boda.

Mi madre, un tanto sorprendida, asintió con la cabeza y como no era especialmente curiosa, tampoco le dio demasiada importancia, a pesar de extrañarle un poco que mi padre tuviera algún secreto para ella.

Se habían casado completamente enamorados, como es natural, el 4 de noviembre de 1939. Trece años más tarde murió mi padre, cuando era un joven de 37 años. Aquellos días posteriores, según me contó mi madre, estuvo a punto de abrir el cajón para ver que contenía, pero acordándose de la promesa, aún esperó 12 años más, hasta el día de

sus bodas de plata. Yo también confesaré que más de un día tuve la tentación de abrir aquel misterioso cajón, pero respetando la memoria de mi padre, esperé con impaciencia hasta la fecha debida.

El 4 de noviembre de 1964 era el día señalado y desde primeras horas del día nos pusimos a buscar la llave del cajón, que no aparecía por ningún sitio, así que me disponía a forzar la cerradura cuando, para sorpresa nuestra, el cajón estaba abierto, y en su interior un sobre blanco que ponía: Para Isabelita, de Marcos. El sobre también abierto y una carta en su interior. Me dispuse a salir pero mi madre me pidió que me quedara y leyera yo mismo el contenido. Es la más bonita carta de amor que recuerdo haber leído.

«Queridísima esposa:

Como has podido ver, igual que mi corazón, el cajón siempre estuvo abierto para ti. Nunca he tenido secreto alguno que ocultarte porque mi confianza en ti siempre fue total y absoluta.

Estoy convencido que has esperado los 25 años que te dije y otros tantos que hubieras esperado si te lo hubiera pedido. Perdona esta pequeña prueba, innecesaria, pero que al superarla te habrá

llenado de satisfacción demostrando lo mucho que me amas.

Gracias, amor mío, por tu paciencia y cariño, pero gracias sobre todo por esos tres hijos, Manolito, Maribel y Pitusín. Ellos serán tu apoyo y consuelo si algún día yo faltare.

Tu esposo que mucho te quiere.

Marcos».

Nos miramos a los ojos y abrazándonos en silencio como tantas otras veces, dimos gracias a Dios, recordando al esposo y padre.

El pasado trece de diciembre, mi primo, el Coronel de Artillería, Antonio Molla López, tomó el mando del Regimiento de Artillería de Campaña nº 11 de Burgos.

Acto al que me invitó y durante el cual me fue imposible reprimir unas lágrimas de orgullo por mi primo y de emoción por el recuerdo de mi padre, artillero también, que con su muerte prematura dejó una viuda y tres píñfanos que, gracias al internado en los distintos CHOE, supieron agradecer y cumplir con el preciado legado de compañerismo y amor a la Patria, virtudes propias de la milicia que todo PÍNFANO siempre llevará consigo.

MENCIONES

EL RELOJ

Por Marta González Bueno



Míralas, las conozco, las he visto muchas veces. Son comedidas y tímidas, aunque algunas, las pequeñas, son más revoltosas, pero las mayores enseñada ponen orden.

Cuando las veo sé que comienzan las vacaciones. Las de Navidad, o las de verano, como ahora. Son alumnas de algún colegio, sí, son escolares. Lo veo en sus modales y en su forma de hablar.

Me preguntáis cuántas son. En esta ocasión van cinco, pero a veces he visto solo a dos y otras veces son hasta siete. Mis observaciones no alcanzan a conocer la causa de las variaciones. Hoy voy a estar especialmente atento para poder daros noticia puntual.

Aunque algunos detalles se me escapan, la verdad es que os asombraríais si supieseis las cosas que sé de ellas. Son muchas horas observándolas, a veces hasta puedo leer sus labios. Se hacen querer, lamento tanto no poder acercarme a ellas.

Llegan pronto, antes del mediodía ya están aquí. Llegan arrastrando una maletita, casi siempre beige o granate, de rayas grandes. Cuando las veo cargar con ellas, se diría que les pesa mucho, aunque cuando las abren se observa que están medio

vacías. Tengo que poner más atención a lo que veo. Las dejan a los pies, protegiéndolas de posibles dronzueros. De vez en cuando una de ellas abre su maleta y revuelve un poco el contenido, pero solo mira, no saca nada. La otra le apremia a cerrarla.

Siempre con una enorme sonrisa buscan un banco vacío y lo ocupan con una cierta ostentación. Durante unas horas va a ser su aposento dentro de esta casa grande que es la estación.

Me he preguntado varias veces por qué vienen tan pronto, si el tren que cogen ellas no sale hasta por la noche. Quizás les han obligado a dejar el lugar donde estuvieran, y no tienen más remedio que pasar aquí largas horas. Quizás estaban impacientes por llegar a la última etapa que les conducirá al encuentro con sus mamás.

Las he oído hablar de ello, prometiéndoles felices ante los próximos abrazos. Si, es eso, llegan cuanto antes para estar preparadas para coger su particular expreso de medianoche.

Por turnos, para no cargar con la maleta y para no perder su asiento, hacen breves excursiones dentro del recinto de la estación. Dan vueltas alrededor de un kiosco donde venden la prensa y

se detienen a mirar todo lo que pueden, intentan husmear detrás de cada puerta entreabierta. Suben una enorme escalera, y desde arriba miran a todos los lados, intentando ver algo de la ciudad. Al cabo de un ratito bajan jugueteando. Alguna vez se han dado un susto por ir demasiado rápido. Recuerdo cuando una de las pequeñas llegó a caerse, aunque sin consecuencias graves. Visitan los urinarios en más de una ocasión, unas veces por necesidad, otras veces para beber agua, otras veces simplemente para pasar el rato. Son muchas horas de espera.

Cada tren que llega a la estación es objeto de sus minuciosas observaciones, la gente que baja, los abrazos con los que esperan, las maletas que llevan, la ropa que visten. Hacen sus particulares observaciones, igual que yo mismo, elucubrando sobre los motivos de su viaje y el tiempo que piensan estar en la capital. Para ellas, la capital es sólo un paso necesario, y molesto, para alcanzar la meta de su desplazamiento.

La cafetería también es el destino de sus pequeñas excursiones, aunque este establecimiento les crea más problemas, temen ser vetadas o retenidas por los encargados, les da una cierta vergüenza, no consideran que sea lugar adecuado para entrar sin adultos.

Por fin una de ellas se ha aventurado a entrar. Ha tardado un ratito, no mucho, y ahora está transmitiendo la información obtenida a sus compañeras: productos a los que pueden acceder, formatos y precios. Sus posibles son escasos, no saben si pueden o deben gastarse un poco de dinero en algo para entretener el hambre o en golosinas con las que alegrar su ánimo. He visto a las mayores resistirse ante la insistencia de las pequeñas, estas, más irresponsables mostraban más interés en gastar: un pirulí, unos chicles o unas bolitas, ¡son tantas horas de espera!

Sé que tienen dinero, pero no sé cuánto. He oído a una de ellas comentar con las demás que antes de salir del otro sitio, del colegio (si, vienen de un colegio en la cercana localidad de Aranjuez, ahora lo

sé) les habían dado una pequeña cantidad de dinero para que tuvieran algo para gastar en verano. Las mayorcitas quieren guardar ese dinero para dárselo a sus mamás, pero las más pequeñas quieren gastárselo en golosinas. Tantas horas aquí dentro se les hace una eternidad.

El dinero lo llevan a buen recaudo. Al principio pensaba que lo tenían en la maleta, tantas veces como la abrían y la cerraban, pero después de observaciones más minuciosas puedo asegurar que lo llevan en una faltriquera, creo que lo llaman así. Se lo colocan debajo del vestido, y acceden a esa especie de bolsa a través de una raja lateral que tiene el vestido.

Discretamente, sacan un sobre y medio tapándose unas con otras, cogen de su interior uno o dos billetes de los pequeños. Lo cierran de nuevo, apresuradamente y miran con disimulo para ver si han podido ser vistas por alguien. Pobres niñas, lo que no imaginan es que yo, desde mi atalaya, las veo sin problemas y puedo observar todos sus movimientos.

Ahora estoy contento por ellas, por fin han decidido comprar un bocadillo para compartir entre dos, y lo están saboreando entre miradas y sonrisas de complicidad. Seguro que sus mamás también se alegrarían de verlas contentas, aunque a ellas las llegue un poco menos del dinero que tanta falta les hace. Las niñas hablan un poco más alto y ríen mientras dan fin a su festín.

Otra vez, con renovada vitalidad, se dedican a explorar, por turnos, cada personaje característico: los que transportan el equipaje, los señores de uniforme que dan salida a los trenes, el señor del quiosco de prensa... y observan minuciosamente cada rincón de la estación: las taquillas, la consigna, las vías, el reloj... Me miran, sí, me miran muchas veces, con curiosidad, con impaciencia. Con deseo de ver moverse mis manillas a mucha mayor velocidad.

Como me gustaría complacerlos niñas, adelantar mis manillas para que vuestro tren expreso llegue ya. El tren que os llevará a vuestras casas, junto a vuestras madres.

MI PRIMER DIEZ MIL

Por Santiago de Ossorno de la Puerta



En agosto de 1969 alguien tuvo la feliz idea de organizar las Olimpiadas de Verano del Castillo de Santa Cruz, éramos pocos alumnos, menos de cien píñfanos, pero al parecer suficientes para organizar una olimpiada colegial.

Se establecieron dos grupos de edad para igualar las fuerzas, uno hasta los 16 años cumplidos y otro de mayores a partir de esa edad; en julio había cumplido los 15 —la noche de mi cumpleaños el astronauta Neil Armstrong pisó por primera vez la Luna y pronunció la famosa frase «Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la Humanidad»—, así que me tocaba competir en la categoría de los pequeños, pero éramos tan pocos los apuntados que en la mayoría de las pruebas solo se pudo formar un grupo mixto sin límites de edad.

Las primeras se celebraron sobre la arena de la playa en las horas de marea baja, había que darse prisa porque cada seis horas subía o bajaba; recuerdo los lanzamientos, en martillo no participé porque apenas podía levantar del suelo aquella pesada bola encadenada de 7,26 kilos; si no recuerdo mal, lo ganó Martínez Mateos, un coloso murciano que lanzaba el artilugio más lejos que nadie y casi ponía la bola en órbita; visto el percal tampoco participé en otros lanzamientos, ni de jabalina ni de peso, para evitar accidentes en las piernas porque las necesitaba para correr que era lo que me gustaba.

Hubo más pruebas olímpicas, incluso de natación en aguas abiertas, en el mismo lugar pero con marea alta; el muelle lateral de servicio se convertía en una plataforma de saltos lanzándonos al mar desde

el borde, había allí una escalera de hierro oxidado para subir tras cada salto y una pequeña grúa manual para subir mercancías y material de peso (nunca personas); los días transcurrían lentamente entre pruebas y más pruebas, pero la que yo quiero contar es la de carrera en ruta; un recorrido medido de 10 kilómetros entre ida y vuelta que saliendo del muelle del pueblo llegaba hasta la mismísima puerta del Pazo de Meirás.

Sobre la línea de salida, en el aparcamiento del restaurante Maxi, solo estábamos diez o doce osados participantes, nada más dar comienzo la prueba todos los corredores salimos pitando cuesta arriba en dirección al cruce, pronto dejé de verlos pero no me desanimé y seguí a lo mío; casi llegando al Pazo de Meirás me iba cruzando con los que volvían, me animaban al verme y los fui contando para situarme en la clasificación general, no estaban todos, los que faltaban no sabía dónde se habrían metido, o se habían confundido de recorrido y acabaron en Betanzos, o se metieron en alguna huerta del camino para coger fruta y beber agua del pozo, o también puede que se hubieran retirado. Me daba un poco igual porque yo pensaba llegar a meta pasase lo que pasase.

Apostados junto al Pazo de Meirás, los jueces de carrera registraron mi paso y tomé el camino de regreso hacia el Castillo, toda la prueba la hice en solitario pero no me importaba, puede que fuera mejor para mí porque podía llevar mi propio ritmo sin preocuparme de nada más, siempre he sido físicamente resistente y bastante cabezón, de acabar lo que empiezo.

Llegando al cruce de Santa Cruz unas chicas mayores, de una colonia de verano que había en el pueblo, estaban animando al borde de la carretera junto a su residencia y me aplaudieron al pasar, debieron verme pequeño al lado de los que habían pasado un buen rato antes y querían animarme, la verdad es que lo consiguieron.

La llegada estaba habilitada sobre la arena de la playa, allí aguardaban los corredores que iban terminando, el resto del colegio, los chicos y chicas locales de nuestra pandilla y algunos veraneantes aburridos que asistían como público al evento para pasar la mañana, nuevos aplausos y fin de la carrera; había conseguido completar los diez kilómetros y estaba tan cansado como contento. Por supuesto no recuerdo la marca que logré, pero la satisfacción era tan grande que no cabía en mí de gozo; siendo adulto me convertí en maratoniano y participé en muchas carreras de todas las distancias en varios países, incluso en una de cien kilómetros, en esa las pasé canutas pero también la terminé, y tengo guardadas las medallas recibidas como premio al esfuerzo.

Al terminar las olimpiadas se organizó una merienda en el Castillo para la entrega de premios, se invitó a personas del pueblo con las que teníamos trato; se montaron mesas al aire libre junto al turreón dónde estaban la enfermería y la consulta del médico, el mismo en el que le gustaba sentarse a escribir a doña Emilia Pardo Bazán, y convocados por la campana del Castillo fueron llegando los invitados. Para los píñafans fue una celebración por todo lo alto, la fiesta del verano; al acabar la merienda, nos autorizaron a montar un guateque con bebidas y tocadiscos en el comedor.

Pero antes tuvo lugar la entrega de medallas a los ganadores de cada prueba, por turno los iban llamando y se las entregaban, hubo muchos aplausos porque se lo habían ganado y todos estábamos contentos por haber sido capaces de organizar y participar en las olimpiadas; cuando pensaba que ya había terminado el acto de entrega se anunció que iba a entregarse un premio especial al mérito deportivo, lo que viene siendo un premio de consolación; resultó que el premiado era yo, mi único mérito consistía en que, sin tener opciones de medalla en

ninguna prueba, había participado en el grupo de mayores siendo de los pequeños, a pesar de lo cual había demostrado un fuerte espíritu de superación que debía ser reconocido.

Sorprendido, me levanté entre los aplausos de los asistentes para que un compañero de clase y buen amigo, me diese la enhorabuena mientras me colgaba del cuello la preciada medalla; era la sorpresa que me quiso dar aquel día y sin duda lo consiguió porque la mantuve en secreto; nos conocíamos desde que ingresamos en las Mercedes con ocho años recién cumplidos y estudiamos juntos hasta terminar Preu, fueron nueve largos años compartiendo penas y alegrías por los distintos internados y todos sabemos lo que eso une.

Quizá no debería decirlo, pero este amigo me birló la primera novieta que me eché en el Castillo, se llamaba Mariví, una guapa chica, hija mayor de los dueños del restaurante O Pote; aquel verano yo acababa de declararle mi amor adolescente, pero al segundo día de iniciarse nuestra breve relación romántica me dejó plantado por él; fue verlo salir del agua en bañador con aquel cuerpo de atleta que se gastaba y, en cuanto le pidió una toalla para secarse, ella cayó rendida a sus pies, no había color.

Adonis a su pesar, él no tenía ninguna culpa por despertar pasiones en el elenco femenino de la pandilla, de hecho no mantuvieron relación pero, las comparaciones son odiosas, aquello elevó el listón de exigencia de Mariví y como yo no daba el nivel mínimo requerido me quedé compuesto y sin novia. Nada grave, eran efímeros amores de verano, pero me dolió bastante (durante cinco minutos).

No hace falta decir que sigo conservando aquella medalla como oro en paño, la foto que encabeza el relato lo demuestra, aunque no haya conseguido limpiarla bien para que se lea mejor la leyenda, dice «Castillo de Santa Cruz 1969 MAYORES»; tengo muchas medallas gracias a mi afición por la carrera a pie, pero, por encima de todas, incluyendo las muy trabajadas y sufridas de mis doce maratones, la de este relato es la joya de la corona que luce, orgullosa y sin complejos, rodeada de las demás en un lugar preferente.

Como ocurre con el primer amor, ella también fue la primera y eso nunca se olvida.

UNA TARDE DE CINE

Por Francisco Antonio Álvarez López



Sucedió una y cien veces, allá por los años de mi internado en el Colegio de la Milagrosa en Padrón (La Coruña) y durante los años que transcurrieron entre mil novecientos cincuenta y siete hasta mil novecientos sesenta y uno; durante las tardes de paseo, suspendidas por la meteorología adversa de nubes cobrizas y aguas imprevistas.

El cine, por estos años, iba adquiriendo protagonismo en la sociedad española. A pesar de la leyenda negra y de pecado, que había soportado en años anteriores. Un tal padre Ayala, llegó a comentar que “El cine es la calamidad más grande que ha caído sobre el mundo desde Adán a acá. Más calamidad que, el diluvio universal”.

No exageremos, reverendo que el cine también es un medio muy importante para divulgar los valores patrióticos, cristianos y sociales. Tanto es así, que el Generalísimo de nuestra España “Una, grande y libre” fue el guionista de la película, dirigida por Sáenz de Heredia que llevaba por título “Raza”. Esta, faceta literaria del Caudillo, era poco conocida por el vulgo, poca gente conocía que tras el seudónimo de Jaime Andrade, Franco, diseñó la historia de una familia ideal y quién sabe si este perfil familiar es el que el general hubiera deseado tener.

La película fue estrenada en el Palacio de la Música de Madrid, el cinco de enero de mil novecientos cuarenta y dos, a bombo y platillo muy al

estilo de los actuales festivales de cine. Tal fue el entusiasmo del Caudillo por la maravilla creada que decidió realizar una segunda versión en mil novecientos cincuenta, aunque en este caso el título había variado ligeramente siendo el nuevo “El espíritu de una raza”. Películas patrióticas a las que se sumaron otras, a nivel nacional, “Harca”, “Escuadrilla”, “El abanderado”, “A mí la legión”, “Yo tenía un camarada”, “Boda en el infierno”, etc.

En otro ambiente ya más frívolo y con distinto contenido, películas como “El último cuplé” dirigida por Juan de Orduña e interpretada por la sensual e incombustible Sarita Montiel arrasaba y llenaba las salas de cine.

También “Los jueves milagro” dirigida por Luis García Berlanga. Pero quien realmente se llevó el protagonismo en la dirección de películas y promoción de personajes fue Cesáreo González, creador del estilo de las folclóricas.

Lola Flores, Carmen Sevilla, Paquita Rico, Marujita Díaz, Amparo Ribelles etc. No nos debemos olvidar, de la niña que llevaba por nombre artístico Marisol, el amor platónico de muchos internos, por todos recordado, un verdadero boom social. Pero el fenómeno cinematográfico que arrasaba, en una España necesitada de humor y banalidades, eran las películas interpretadas por la pareja cómica “El Gordo y el Flaco”, dos actores sin parangón alguno, eran dos niños grandes.

El gordo era Oliver Hardy, actor norteamericano, y el Flaco lo interpretaba, Stan Laurel actor inglés. Ambos formaban una pareja incomparable que aportaban esa dosis de sencillez, optimismo y risa, tan escasa en la sociedad española en los años de la posguerra. Pues bien, pasemos de la historia del cine a la realidad de su ejercicio en el seno del Colegio de la Milagrosa en Padrón. Lo dicho, hoy es tarde de paseo y como no podíamos salir a pasear serpenteando la larga fila de niños agarrados de la mano, por los montes y calles de Padrón y pueblos de alrededor pues... ¡Vamos al cine! Por supuesto, sin salir del internado. Antes había que montar la sala en el lugar escogido, el dormitorio y en la parte que no había camas. Mejor sitio, imposible. En el frente la pared como pantalla, en el centro el patio de butacas ocupado por los internos y en la parte trasera y sobre una silla la cámara de proyectar, a su mando y control, Sor Rosario, experta en proyecciones y arreglos diversos. Todo está preparado, entre los asistentes sentados sobre el suelo de recia madera, se hace el silencio, Sor Rosario solicita. ¡Apagad la luz!

Comienza la proyección de una de tantas películas del Gordo y el Flaco, todo va milagrosamente bien, en pantalla una persecución donde los protagonistas, corren alocadamente para escapar del policía, que con porra en mano, les persigue a ambos, mientras que por otro lado el gánster que pretende aniquilarlos los acosa con total maldad; en sus carreras desenfrenadas, sufren caídas, se dan golpes improvisados con puertas, farolas, coches etc.

Por parte de los asistentes, surgen risas e imitaciones improvisadas, la tarde es divertida. Pero... en un momento determinado un ruido ensordecedor invade la sala de proyección... ¡Rarararararara...! Sucedé lo peor, una avería en el proyector, hace que la cinta salte, que el sonido y la imagen se distorsionen y ambos efectos unidos hacen que ver y oír la película sea imposible.

Hartazo general ya que los internos han visto la película varias veces, tantas como averías aparen, además los niños estaban ubicados de forma incómoda y posturas forzadas, apretados a su vez como sardinas en lata, es obvio que de no reparar en breve la avería, la sesión y el silencio no durarán gran cosa. No obstante la obstinada monja, se pone manos a la obra, para solucionar el entuerto lo antes posible. Antes vocifera, una nueva orden y grita desde el fondo de la improvisada sala. ¡Encended la luz!

Durante esta interrupción, los internos pasan del silencio al murmullo, del murmullo al bullicio, del bullicio a la algarabía y de esta al total descontrol del orden, es decir al follón. A pesar de todo, la monja, ayudada por algún que otro interno, se esmera y logra solucionar el problema, nuevo grito de la monja. ¡Silencio, apagad la luz!

Se reinicia la proyección que ahora transcurre entre risas y el silencio, pasados unos minutos surge una nueva avería, esta vez más grave, se ha roto la cinta, nueva orden de la religiosa. ¡Encended la luz!

Los internos, conocedores de la repetida historia de otras tardes de cine, retoman su natural alboroto. Mientras tanto, la voluntariosa religiosa, con cierta habilidad ha pegado con acetona las dos partes de la cinta y problema solucionado. La monja, ante el alboroto está, al borde de un ataque de nervios, emite un desgarrado y espeluznante grito. ¡Callaos! Y ordena de nuevo. ¡Apagad la luz!

Se reinicia la proyección por tercera vez, las conocidas imágenes y diálogos de la película que los internos conocen hasta la saciedad, comienzan a ser repetidas por los espectadores de forma casi idéntica a las voces de los actores. Al principio en tono original y gracioso, para más tarde de forma colectiva y en plan gamberro, con lo que el dormitorio, habilitado como sala de proyección, se convierte en una jaula de grillos. La paciencia de la monja y con ella la sesión está tocando a su fin. Nuevo mandato. ¡Encended la luz!

La luz es encendida, la monja, muy alterada y decidida se abre paso entre los internos para dirigirse los más próximos a la zona donde se encuentra la pantalla o dicho de otra forma la pared. En su caminar, pasa entre las filas de niños que continúan sentados sobre el suelo, se coloca delante de ellos, con las manos apoyadas en la cadera, la cara sonrojada, el gesto irritado, desafiante y escudriñando con los ojos al soliviantado público, fuerza de nuevo la voz y en grito comenta. ¡Os juro, por Dios, que os calláis o se acaba el cine!

Parece que ha dado resultado la amenaza. Silencio absoluto, la monja, crecida de ánimo, y de nuevo en su sitio, ordena por enésima vez. ¡Apagad la luz!

Los internos, en silencio y resignados se disponen a ver por cuarta vez el repetido pasaje de la película. De nuevo, salta la imagen, no se puede ver nada, algunos internos ya aburridos de tanta interrupción comienzan a hacer el ganso, a pelearse a tirarse objetos los unos a los otros, a explotar los globos de los chicles que mascan y que durante semanas conservan pegados debajo de la solapa del trapillo.

Es tal el jaleo que la monja, ya desesperada y harta de servir a los alumnos que por lo que se advina no les interesa la película, manda encender la luz, mientras muy malhumorada, pega un tirón al cable para desenchufarlo, con un grito espeluznante que denota que su paciencia se ha agotado, más por el lamentable estado de la cinta que, por el jaleo que montan los internos. La religiosa, ya fuera de sus casillas, comienza su particular ataque...

¡Tú! Acusadora, señala con el dedo amenazador a un interno. Que es el único que se encuentra de pie

apoyado sobre el radiador debido a que presenta una de sus rodillas herida y aparatosamente vendada. El señalado, sonríe, la monja se enfada aún más.

¿De qué te ríes? ¡Sinvergüenza! El interno, contesta sin poder contener la risa... De nada Hermana, de nada.

Momento, en el que, los compañeros de al lado, contagiados por la risa del acusado, rompen a reír. La situación, se agrava por momentos. La monja, no aguanta más y se dirige hacia el lugar donde se encuentran los risueños internos, abriéndose paso entre los aposentados niños, dispuesta a sacudir estopa, pero los nervios por un lado y lo abarrotado del lugar por otro, hacen que la religiosa en su carrera tropiece con las piernas de uno de los internos que permanece sentado sobre el suelo de madera.

La monja, pierde el equilibrio y se viene abajo estrepitosamente, cae sobre un grupo de alumnos. Estos, en el intento de evitar su caída, levantan los brazos y sostiene a la monja casi en el aire. La religiosa, con toda la dignidad que exige el momento, hecha un manojo de nervios y malhumor, se tranquiliza, adquiere la verticalidad, recomponе su maltratada figura, se coloca la corneta derecha, se sacude el delantal y de pie entre los callados y sorprendidos

alumnos exclama... ¡Hay que ver! ¡Vuestras madres tan tranquilas! Y yo aquí peleando con los bárbaros de sus hijos. Se lamenta... ¡Madre del amor hermoso que paciencia hay que tener! Y se resigna... ¡Sea todo por la Virgen Inmaculada!

Es cierto, mérito pero que mucho mérito, había que tener para meterse en la jaula con ciento cincuenta leones aburridos y hambrientos de diversión e intentar dominarlos sin látigo alguno; al final se acaba perdiendo la paciencia el sentido común la dignidad y como no podía ser menos, la sesión de cine, ésta, toca a su fin.

La monja, desaforada grita hasta desgañitarse. ¡Callaos! ¡Silencio! Acto seguido amenaza de nuevo. ¡Así que no os calláis! ¿No queréis sesión de cine? Y pregunta retadora. ¿Verdad? ¡Pues lo habéis conseguido! ¡Se acabó el cine por hoy! Y añade malhumorada. ¡En vista de que la película no os gusta, vamos a hacer una cosa mejor! ¡Castigados! ¡Todos a sus clases, hasta la hora de la cena! ¡Vamos a rezar el rosario! ¡Seguro que os gustará más! ¿De acuerdo?

Y tan de acuerdo, más vale santificarse que soportar una sesión de cine. Agradecidos, los internos abandonaron el dormitorio y la monja también.

LAS LÁGRIMAS SANADORAS

Por Carmen de Miguel Sánchez



6 de enero de 1959, Badajoz.

Como cada año, el día de Reyes, los cinco hermanos salíamos en fila desde nuestras habitaciones. Yo, la más pequeña, iba la primera, impaciente por ver los regalos tan deseados que nos habían dejado los Reyes Magos.

Antes de llegar al comedor, mi tía Isabel, hermana de mi madre que vivía con nosotros —como solía ser habitual en aquellos tiempos, cuando las hermanas solteras ayudaban a criar a los hijos de la mayor—, nos pidió que no hiciéramos ruido porque nuestro padre se encontraba mal, y así lo hicimos. Y sí, estaba mal... tan mal que, apenas unos meses después, el 26 de abril, se marchó para siempre.

En aquella época, una niña de diez años no era tan despierta como las de ahora. De un día para otro, dejé de ser “la hija del capitán de Miguel” para convertirme en “la huérfana del capitán de Miguel”. Me vistieron completamente de negro, incluso los lazos de mis trenzas.

Pasaron los días, y en casa empezaron a contarme que iría a estudiar interna a un colegio con muchas niñas y unas monjas que nos cuidarían muy bien, y así fue, pasado el verano, me cortaron mis preciosas trenzas para que pudiera peinarme sola, y llegó el día de partir al que sería mi nuevo hogar con mi maletita de cartón acompañada por mi madre y mi hermana Genoveva —a quien todos llamábamos Beba—, fuimos hasta la estación de Las Delicias, y de ahí, subiendo por una amplia calle, llegamos a Atocha. El destino final: Aranjuez.

Por fin llegamos al colegio María Cristina, en el que vivían huérfanas de Oficiales del Ejército, en su mayoría de Infantería. Pero esta historia merece un capítulo aparte.

Pasaron los años y yo era feliz en el colegio, muy feliz. Allí encontré amigas maravillosas, que se convirtieron en hermanas del alma. Afortunadamente, tengo muy buenos recuerdos de los años vividos con ellas, aunque la vida, una vez más, me tenía preparado otro duro golpe.

Durante seis años, mi madre padeció Alzheimer prematuro, en aquella época nadie entendía ni sabía lo que le pasaba a mi madre, imaginároslo como lo pude vivir yo, que cuando iba de vacaciones a mi casa, mi madre ya no me conocía y a mí se me rompía el corazón, esta enfermedad no solo produjo un deterioro importante en ella, sino que también fue un desgaste profundo para toda la familia. Por desgracia, al ser un Alzheimer genético y hereditario, años después lo sufrieron también mis hermanos y algunos de mis sobrinos.

Cuando cumplí diecisiete años, un 14 de agosto después de varios días en el hospital, mi madre falleció, yo había estado mucho tiempo sola en casa y me había dado por comer huevos fritos, de repente me puse amarilla como un girasol, además sentía una rabia contenida enorme, seguía sin comprender tanta penuria, y esa rabia me impedía llorar y se me fue formando en el ojo derecho un enorme orzuelo que parecía otro ojo, toda vestida de negro parecía una aparición.

Me llevaron al médico y me dijo que ese orzuelo me había salido por no llorar y que, cuando empezase a llorar, desaparecería.

Terminaron las vacaciones de verano y volví al colegio con mi gran orzuelo y sin soltar una lágrima.

Pero allí estaban mis queridas Píñfanitas que me recibieron con muchos abrazos y mucho cariño, y con su constante compañía fueron pasando los días y de repente empecé a llorar y llorar como una Magdalena. Siempre tenía a mi lado a alguna de mis queridas compañeras, especialmente a una, mi querida Paquita Gamero, más conocida por Fancho, ella era mi hermana de pupitre, los tres años de Magisterio nos sentamos juntas y ella me sacó más lágrimas que nadie, de día y de noche.

Aquel orzuelo o segundo ojo que me había salido, se fue desinflando al tiempo que yo me quedaba sin lágrimas. La rabia contenida disminuía y la serenidad parecía encontrar un lugar en mi corazón, mi cabeza y mi alma.

Fueron las lágrimas sanadoras, y mis compis Píñfanas amorosas, fueron las que me sacaron del pozo en el que había caído, y del que sola no podía salir.

Pero no os quedéis con mal sabor de boca, esto fue un hecho en mi vida triste y doloroso pero que me hizo crecer como persona, y me hizo darme cuenta de lo valioso que es el cariño de los demás, mi paso por el colegio fue en conjunto una experiencia que me enseñó a respetar a las personas que forman parte de nuestra vida.

Como quiero que os quedéis con un buen recuerdo de esta etapa de mi vida, os diré que cuando estábamos en el colegio y teníamos algún examen por la mañana, las Píñfanas de mi curso nos le-

vantábamos pronto y bajábamos al patio de los comedores, donde acababan de dejar unas cestas de barras de pan recién hechas, cogíamos un par y nos las comíamos gustosamente con el aceite que mi querida hermana Beba me traía cuando venía a visitarme, echándole un poquito de azúcar por encima, ese panecillo con ese rico aceite, nos daba la energía suficiente para hacer el examen y pasar de nuevo un maravilloso día.

También era muy divertido subir y bajar por las famosas escaleras de San Rafael cogiéndonos la faldilla del uniforme, haciendo ver que éramos princesas que esperaban la llegada de su príncipe.

Podría enumeraros muchas anécdotas y cosas vividas en el colegio María Cristina ya que tantos años dan para mucho, aunque sé que no todas las alumnas vivieron momentos tan entrañables, mi experiencia como Píñfana y Cristina, marcaron como os he dicho antes una etapa de mi vida que recordaré siempre con mucho cariño y de la que he hablado a mi familia y amistades con mucho amor.

Y quiero dedicar este escrito a todas las compañeras que siguen conmigo y a las que ya no están, por que hicieron que el colegio fuera mi nuevo hogar y me sintiera arropada por ellas y querida desde el primer día hasta hoy que sigo disfrutando cada año cuando puedo asistir a las reuniones y juntarme con muchas de ellas.

Por cierto, deciros también que dos de mis hermanos fueron a estudiar al colegio de Santiago en Valladolid, ellos también disfrutaron de esa etapa estando internos.

EL INTERNADO Y LOS GRUPOS

Por Antonio Benéitez Ballesta



El recuerdo del pasado, para mí, es siempre triste y no por lo que pudo pasar de bueno o de malo, simplemente porque ya lo dice la sabiduría popular, cualquier tiempo pasado fue mejor.

Y es precisamente del pasado, de mi pasado, de lo que quiero contaros mis recuerdos de aquellos cuatro años que pasé en el Colegio de la Milagrosa de Padrón en la Coruña. Pero por muy extraño que puede parecer, no voy a centrarme en relatar una serie de anécdotas más o menos divertidas que las hay y muchas, no, en esta ocasión quiero contaros algo sobre el grupo de ciento cincuenta internos, todos niños inquietos, pelados al cero, pertrechados con el famoso trapillo y venidos de todos los rincones de la geografía española, andaluces, vascos, valencianos, catalanes, gallegos, asturianos, castellanos, extremeños, manchegos, canarios etc. Una verdadera torre de babel; era frecuente oír hablar en todos los idiomas o dialectos existentes en la península y en las islas.

No obstante, el centro principal de la comunicación verbal era el idioma más común y generalmente hablado por todos, el español en su versión de castellano y nadie absolutamente nadie, renunciaba a su idioma natal y tampoco entre los internos, se reprochaba a los que en ocasiones se expresaban en otras lenguas. Todo lo contrario. En esta particular torre de babel, destacaba el gallego como lengua, idioma, dialecto o forma de expresión y no porque

los internos lo hablaran en su mayoría, sino porque era muy utilizado por las auxiliares autóctonas y gallego parlantes.

En cualquier caso, nadie trataba de imponer su lengua sobre las otras, consistía por lo tanto en un ejercicio de verdadera cultura y respeto permanente hacia el resto de las lenguas, idiomas o dialectos. Los internos que de forma rápida ya se sabe, mentes claras y limpias o como se dice ahora el disco duro casi vacío, asimilaban las palabras y expresiones y las utilizaban a modo de broma o imitación para mostrar en alguna manera que *"falan galego"*. Cuanto menos, resultaba curioso que, en estos años, la lengua gallega, gozaba de una salud enviable, aspecto que, no era de extrañar, dado que, el más significativo e importante personaje del sistema, el generalísimo de todas las Españas, era gallego de nacimiento, aunque, nunca nadie le oyó expresarse en su lengua materna. Para los internos, el poder hablar gallego, era hasta cierto punto un elemento de distinción, un apunte de su antigüedad en el colegio o un símbolo de su total integración en la zona, eso sí, siempre y cuando lo lograran hablar sin ser gallego de origen.

No cabe la menor duda, la salsa y esencia del internado eran ellos, los ciento cincuenta internos con los que había que convivir uno, dos, tres o cuatro años en el interior del colegio. Las edades, oscilaban entre los ocho y los doce años, aunque existían

excepciones de cinco y trece. La máxima concentración del colectivo, se presentaba normalmente en las horas de recreo en el patio; los ciento cincuenta internos, están en permanente movimiento y en un reducido espacio de terreno.

En medio de tanto jaleo y actividad, se encontraba la monja de guardia, siempre vigilante que, se paseaba ceremoniosamente, con el silbato metálico, habitualmente colgado de su cintura, dispuesto para llamar la atención a los que se desmadraban. Este paseíto de las monjas, era la permanente vigilancia que se ejercía sobre los internos y sus actividades lúdicas, durante el tiempo del ocio, donde el bullicio, la algarabía y algunas peleas eran las características más típicas del descanso estudiantil; la mayoría de los internos no cesaban de correr, de empujarse, de pelearse etc. Era normal, la presencia de los típicos niños antes llamados “*rabos de lagartija*” revoltosos, inquietos y muy activos hoy por el contrario se les ha rebautizado como “*niños hiperactivos*” necesitados, como no podía ser menos de algún que otro tipo de tratamientos psicológico. Antes, se tranquilizaban con castigos o penitencias, más o menos moderadas, hoy se solucionan con jarabes, terapias, o técnicas educativas dirigidas especialmente a los niños, y no a los padres que como ya se sabe, son los responsables de que el niño sea tan...

Niños, todos unidos por el cordón umbilical de la orfandad. El colectivo de niños, era la parte más importante del internado; también lo eran, las monjas y sus métodos, las auxiliares y sus funciones, las normas de convivencia, la educación y sus principios etc. Todos en su conjunto, formaban parte del nuevo y apretado engranaje grupal de un mundo que por nuevo y desconocido a los ya ingresados inicialmente les generaba grandes angustias e incertidumbres. Debilidades que se minimizaban en el interior de los irregulares grupos. Grupos, a los cuales se adherían los internos, como una medida fundamental para hacer más soportable la vida en el internado.

Cada interno, era un componente más del grupo, en el que se integraban y desarrollan su incipiente personalidad. Los niños que, en definitiva, eran los protagonistas directos del internado, ultimaban su encaje en la nueva e infantil sociedad, había necesariamente que cerrar y configurar el grupo o tripulación, para tan larga singladura, otros los menos, buscaban con afán, su particular situación de robinsones.

El tema, no era en absoluto baladí, se trataba de que el interno seleccionara o fuese seleccionado su hábitat social, es decir que, estuviera dentro del grupo más idóneo a sus condiciones anímicas y de esta forma compartir en solidaridad, las incidencias que en un futuro inmediato, iban a plantearse durante el curso. En definitiva, se buscaba afanosamente cerrar tanto el grupo de amigos como el de enemigos, aunque de estos últimos en realidad, poco o nada, se conoce.

El grupo, la cuadrilla, la pandilla etc. cualquier nombre es bueno para dar personalidad al elemento social del internado que, les ayudaría a disfrutar o sufrir la vida durante el nuevo curso que se les avecinaba. Los motivos que, polarizaban la formación de los grupos, giraban en torno a determinadas personalidades siempre o casi siempre existía un líder polarizador del grupo, también era causa grupal las aficiones diversas o el simple hecho de pertenecer a la misma clase, ser o venir de la misma zona geográfica, coincidir en las aficiones deportivas, ser aficionados de un mismo equipo de futbol e incluso ser vecinos de cama, en el amplio y sórdido dormitorio del internado.

El grupo, era el marco donde o bajo el cual, sus componentes encontraban su hábitat y con el mismo su fuerza, su forma de comportarse, de defenderte o simplemente de minimizar sus debilidades, en definitiva su barco para navegar a lo largo y ancho del curso que estaba a punto de iniciarse. Es cierto que, la natural composición del grupo, no era algo que prevaleciera durante el curso; no se trataba de grupos cerrados, en absoluto, por el contrario, estos, con el devenir del tiempo, experimentarán variaciones en la habitual relación y convivencia del día a día. Como fiel reflejo de la sociedad en general, entre los internos, también los había que destacaban por altos y bajos; delgados y gordos; listos y menos listos, deportistas natos, o negados para el ejercicio; bravucones, atrevidos, traviesos y tímidos. El grupo, como conjunto, brillaban o se oscurecían en función de determinadas virtudes o defectos de sus integrantes.

Dentro de los grupos, también se daban cita algunas personalidades curiosas, como los llamados “*Chupabotes*” se trataba, de internos, extraños e interesados que, ejercitaban su actividad en cualquier lugar y hora; su objetivo, llegar a ser los válidos de las monjas y así obtener de tal circunstancia, favores que aunque superficiales, les serían de mucha utilidad durante su estancia en el centro; también se daban cita los distinguidos con el sobrenombre de “*Enchufados*”.

La diferencia entre chupabotes y enchufados era muy clara, mientras los primeros ejercían para ganarse los favores de las Monjas, Hermanas o Sor, los otros los enchufados, eran las Monjas la que los seleccionaban, para que estos, les ayuden en actos rutinarios, ya sea cuidar de la clase en su ausencia; dar chivatazos; transmisión de rumores o cotilleos, hacer recados en el pueblo etc.

A los anteriores, se les unía otra personalidad, asignada a unos pocos y cuyos titulares eran temidos en cierta medida, “*el matón*”, normalmente interno de los cursos superiores, dotado de una fuerte constitución y condición física que ejercía su autoridad por la fuerza física; en ocasiones estos, se autoproclaman protectores de los internos más débiles, en realidad eran los capos del internado.

Las peleas, entre matones eran muy comentadas, recordaban en algo, las luchas entre gladiadores o jefes de clanes mafiosos por no comentar aquello de machos alfa y dominantes de la manada, marcando su territorio.

En el internado, había dos personajes que, merecían especial mención y que también estaban internos, pero estos, gozaban de un régimen VIP, eran nada más y nada menos que, Dios y el Diablo. Mientras que el Diablo, se manifestaba en casi todas sus apariciones, con cierta cicatería adornada con una sonrisa a modo de añagaza. Por el contrario Dios que, en su niñez y especialmente en el portal de Belén se presentaba como un niño feliz, luciendo una eterna sonrisa, a pesar del frío que estaba pasando, hoy ya mayor, ha cambiado mucho, su sonrisa se ha convertido en un gesto serio, hierático, como aburrido, da la sensación que no le gusta estar interno.

Tanto Dios como el Diablo, gozaban de un régimen de internado de total libertad, estaban en todas partes dentro y fuera del colegio; Dios está preferentemente en lo alto en el cielo y el Diablo por el contrario, en lo bajo, en el infierno. Aunque ambos, realizaban frecuentes y repetidos desplazamientos desde sus lugares de origen al internado. Su posición era de privilegio, un tanto cómoda, porque ni el uno ni el otro, asistían a las clases como esforzados alumnos, ni hacían ejercicios, ni metían goles, ni eran castigados. Algo así como, internos sindicalistas liberados o convidados de piedra. Estos internos VIP, aparecían cuando las monjas citaban su nombre, siendo frecuente a las monjas oírlas decir, que Dios os acompañe, que el Diablo os lleve, ir con Dios etc.

Hay que hacer notar que ninguno de los internos logró verlos, aunque sus citas por parte de las monjas eran permanentes. En cualquier caso, estos dos personajes por muy distinguidos que eran, también estaban internos e incluidos en todos los grupos. No obstante, su trabajo dentro y fuera del internado, variaba ostensiblemente. Mientras, Dios no permanecía ocioso, siempre tenía trabajos que realizar; como acompañar a los internos en todas las acciones religiosas, cuidar en el recreo de su integridad física, perdonar continuamente las malas acciones, acompañar a los niños a infinidad de sitios, estar presente por las noches en la oscuridad del dormitorio velando por los buenos sueños etc.

Hasta en el comedor y aunque normalmente no comía, estaba siempre presente a la hora de la comida, hasta el punto de que bendecía la mesa y los alimentos que se van a tomar, ritual que se llevaba a efecto antes de empezar a comer o cenar, curiosamente en el desayuno no lo hacía, pudiera ser que no madrugase mucho, es evidente, no en vano había estado cuidando de los internos, durante la noche. Mientras que el Diablo, no tenía tanto trabajo, estaba bastante más ocioso que Dios, para

eso era el Diablo o Satanás siempre aparentaba estar ocupado, pero normalmente se escaqueaba. A pesar de su desidia, se le citaba a él y su morada en numerosas ocasiones, al grito de las monjas.

¡Qué el diablo os lleve! ¡Eres el diablo en persona! ¡Irás al infierno! Etc.

Ante la cita el personaje en cuestión, se ponía en guardia, haciendo amagos ponerse a trabajar pero finalmente, esa intención, casi nunca se hacía realidad; su función era más de enredar y liarla; Bien es cierto que ambos personajes se camuflaban con gran habilidad, bajo otros nombres, por ejemplo, al mal unas veces se le llamaba Lucifer, otras Diablo, también Demonio, las menos Satanás. Mientras que el adversario, el bien, no le iba a la zaga, unas veces se le llamaba Dios, otras el niño Jesús, otro Jesucristo, las menos Señor. Con tantos nombres, los internos andaban un poco desconcertados.

En esta relación de internos VIP, figuraba la Virgen especialmente la Inmaculada, pero no era tan citada como los dos anteriores, por una sencilla razón, se trata de un internado para niños, no se admitían féminas. En cualquier caso, la Virgen, desempeñaba en el centro, algunas actividades normalmente al lado de las monjas, era una compañera más y permanente en el grupo de religiosas, tanto es así que, las monjas, actúan a modo de representantes de la Virgen, repartiendo medallas, divulgando su imagen y citándola con frecuencia.

¡Madre del amor hermoso! ¡Virgen Santa, que burradas dices niño! ¡Virgen Milagrosa, ayúdanos! Etc.

Volvamos al grupo. En el internado, como en cualquier otro entorno social, el grupo, actuaba de forma original y libre, es decir que, una vez que un niño decidía formar parte del mismo era fagocitado por este y se convertía de inmediato en un componente más del grupo, por lo tanto, mientras permaneciera en el seno del mismo, el interno gozará de todas las ventajas que este le brindaba, eso sí siempre que cumpliera las reglas establecidas de forma tácita. Bien es cierto que, era tan difícil ser aceptado, como mantenerse, dentro del mismo. De no cumplir las normas, surgía el rechazo de tal manera que, sin presiones ni coacciones, los integrantes expulsaban de forma no traumática al rebelde. Es evidente que el grupo, no inhibía las cualidades de sus integrantes, ni raptaba sus personalidades, no, este crecía y se tornaba más potente socialmente, en la medida que sus integrantes, comenzaban a destacar en cualquier actividad.

El grupo, actuaba como elemento catalizador, y potenciador de las virtudes y defectos de sus componentes. En el caso contrario, si un componente del grupo, en lugar de cualidades aporta debilidades, el grupo, de forma automática, adoptaba una postura protecciónista y de defensa del débil. En definitiva, el grupo, era un núcleo o célula social que servía como soporte de convivencia pero también, para

destacar o minimizar las glorias y las miserias, las alegrías y las penas, de los componentes del mismo. Es más, en alguna medida bajo el paraguas del grupo todo era consenso y se actuaba en consecuencia, buscando en todo momento el interés colectivo prioritario sobre los intereses individuales.

Por lo tanto, el grupo formaba parte importante, de la vida de cada interno y de la vida en común, es más, era uno de los pilares básicos para llegar a lograr aquel fin que se predicaba sin descanso, especialmente las monjas “*Ser hombres de provecho*” En caso contrario, un niño que vivía al margen del grupo manteniendo una convivencia en solitario o independiente, no le impedía que llegara a ser un hombre de provecho, pero su aislamiento le dificultaba enormemente conseguir tal objetivo; el robinsón, debía asumir su lucha en soledad ante el sistema, pudiendo ocurrirle que el sistema le superara y en consecuencia llegara a odiarlo, con lo cual, su estancia en el internado sería lo más parecido a un infierno y como tal lo recordará toda su vida.

Por norma general, la responsabilidad de gobernar y regir los internados, en estos tiempos, recaía o estaban encomendadas a curas, militares, monjas, etc. Los cuales y sin grandes variantes, aplicaban métodos muy similares, para llevar a cabo su importante labor educativa. En el internado, eran, las monjas, de la orden francesa de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac, las que regían los destinos del mismo y también estaban sujetas al grupo, tal era así que su organización asumía el nombre de comunidad de monjas, era ejemplar, dirigidas por la madre superiora, todas y cada una de las Hermanas tenía sus funciones y trabajos muy definidos.

Del grupo de monjas dependía: La organización del centro, la autoridad, el orden, la educación, la formación, la disciplina, los premios y los castigos, así como el ejercicio diario y práctico de actuar dentro de las virtudes teologales, la Fe, la Esperanza, la Caridad.

En general, se trataba de un grupo de excelentes personas, muy implicadas en la educación y formación de los internos, además de poseedoras de un cariño que repartían indistintamente en pequeñas dosis y de forma equilibrada. En general, las monjas, se esforzaban en lograr que la vida en el internado fuera lo más liviana y agradable posible. Las monjas, disfrutaban con el bienestar de los internos y sufrían con sus adversidades. Pero había que ser conscientes de que el permanente trato en el día a día, el rigor con que se desarrollaba la vida en el centro, la necesidad de lograr hábitos correctos, dentro de un perseguido perfil humano, exigía a las religiosas, imponer determinadas normas de convivencia que cuando eran transgredidas, generaban situaciones, cuanto menos curiosas. Los internos, les correspondían en esta dedicación y

cariño, ellos, en alguna medida las consideraban como una prolongación de sus madres.

Finalmente había un tercer grupo acompañando al grupo de monjas en su quehacer de todos los días, estaban eran las auxiliares, que trabajaban como, cocineras, ayudantes de comedor, lavadoras, planchadoras, guardianas en días de paseo, eso sí las camas nunca las hacían esa función estaba destinada a los propios internos. Entre el grupo de auxiliares, son recordadas entre otras, “*La Señorita*” que ejercía como auxiliar de cierto prestigio y rango, de un carácter agrio y malhumorado, en realidad era una interna más, aunque el caso de su internado, se disimulaba por que ostenta un alto cargo dentro del mismo.

La Señorita, gozaba de un régimen en pensión completa y habitación individual, a diferencia del resto de auxiliares; a la mujer, le gustaba escuchar la música en general y muy especialmente marchas militares; cuando tenía un ataque de nostalgia en sus ratos libres, requería la presencia de algún interno hábil en el manejo de la armónica para que en sus momentos de relax le endulzaran sus oídos y elevara a cotas insospechadas su acérrimo carácter patriota.

Entre las auxiliares, destacaban también, María, una mujer medio meiga, medio gitana, apodada “*La Bruxa*”, de cara afilada y nariz aguileña, presentaba un pelo negro y muy largo que recogía siempre con una trenza que a modo de liana que le colgaba sobre la espalda; a la mujer se le adivinaba un pasado tormentoso, no se sabe si estaba en el centro para ayudar a las monjas o para redimir sus penas, se antoja un tono morboso en su forma de vestir, su desparpajo al hablar y su trato con los internos rozando lo atrevido con lo grosero.

De entre todas las auxiliares, la más alegre del equipo era Rosalía; esta auxiliar, sin lugar a dudas, era la más moderna y liberada, de pelo rubio ensortijado y ojos azules, cara redonda y sonrojada, de talla más bien baja y abundantes en carnes. En España, a pesar de los tiempos tristes que corrían, también se seguía cantando, el país, se levantaba, trabajaba y descansaba, bajo las canciones un tanto cansinas, de Gloria Laso, Lola Flores, Antonio Molina, Luis Mariano, Carmen Sevilla, Conchita Piquer, Jorge Sepúlveda, Antonio Machín etc. Canciones que no tardaban en llegar, a oídos de los internos.

La única, vía de entrada de las melodías era a través de Rosalía conocedora de todas canciones de moda; ella, con buena voz y gusto por el canto, se encargaba de dar a conocer y a alegrar con su moderno y actualizado repertorio, la vida de los internos, un tanto cansados de otro tipo de canciones repetidas una y mil veces en los actos donde se desfilaba, en apretadas filas, al son de canciones como “*El cara al sol*”, “*Montañas Nevadas*”, “*Gibraltar*”, etc. que de existir en aquella época el festival de Eurovisión, seguro que España, se hubiera presentado a

concurso con cualquiera de ellas, otro cantar sería el resultado obtenido.

Se decía de Rosalía que, había participado en un concurso de cantantes noveles en radio Santiago. Así que, con buena voz, afición y conocedora de las tendencias modernas del canto, no era de extrañar que, en los días de fiesta y siempre a requerimiento de las monjas, Rosalía, cantara a los internos todo tipo de canciones, en ocasiones, no exentas de un cierto tono picaresco como era el caso cuando entonaba la popular canción “Canastos”.

El escenario, se reducía a la ventana del primer piso que daba al patio, desde allí, Rosalía, lanzaba sus trinos mientras los internos, permanecían de pie frente a la ventana, mirando hacia arriba a la espera del momento más importante de la actuación, el canto y la canción, cuando Rosalía, apoyando sus exuberantes pechos sobre el alfeizar interior de la ventana, tomaba aire para lanzar sus melodías, era el momento sublime de un inicial erotismo, dado que los aditivos o glándulas mamarias de Rosalía, parecían proyectarse hacia arriba, como dos golosos globos a punto de abandonar sus opresores contenedores.

El grupo de auxiliares, eran fieles cumplidoras de las normas del centro y en general estaban afectadas de un profundo sentimiento religioso. En otro orden de cosas, aunque de forma muy indirecta, existía un especial grupo de pobres y tullidos, también participaban en la vida del internado, personas que mendigaban y en este caso, las monjas, al ser especialistas en la virtud teologal de la Caridad, se deshacían en atenderlos, dentro de las pautas que marcaba la Comunidad. Finalmente, completaban el cuadro de grupos, personajes y personajillos de mediana incidencia en el mundo del internado, los monjes dominicos del Convento del Carmen; los párrocos de pueblos de alrededor; el digno y elegante caballero cristiano, militar de profesión y profesor de gimnasia, su presencia era obligada, dado que las monjas no parecían las más apropiadas para dar clase y demostrar sus cualidades físicas, con el hábito incluido en el difícil arte de los saltos y las cabriolas.

Este militar, era todo un personaje, alto o al menos a todos nos parecía, de tez morena que a primera hora del día, citaba a los internos por cursos en el patio, donde comenzaba y transcurrían las clases

de gimnasia, los internos bajo la atenta mirada del militar, corrían, saltaban, desfilaban o realizaban ejercicios varios; bajo los valores de la disciplina, el silencio, el sacrificio, la dignidad y el poderío físico que era de lo que se trataba. El profesor, siempre mantenía entre sus manos una fina vara para calentar las heladas piernas de los internos para utilizar en caso de pereza, error, indisciplina o cualquier otra circunstancia.

Finalmente, no nos podemos olvidar del marco que cierra por los cuatro lados nuestro lienzo de grupos y personalidades del internado, el pueblo y los padrones/as; pueblo pintoresco hundido entre montañas donde destacaba el monte San Gregorio, popularmente conocido como “*Santiagüino*” también el pueblo, abigarrado de casas de piedra bajas, de calles estrechas, con la iglesia del Carmen, ubicada en la parte más alta del mismo y regida por los padres dominicos; la parroquia de Santiago y su famoso Pedrón; el logrado paseo del Espolón, cubierto por la hoja abundante de los platanales americanos y lugar habitual de los días de paseo en cuyo cabecero y final se encontraban los hijos ilustres y convidados de piedra, don Camilo José Cela y doña Rosalía de Castro; el alegre y siempre cristalino río Sar de cauce estrecho y aguas poco profundas, que atravesaba el pueblo con prisas por abrazar la ría etc. Finalmente no debo olvidarme de su gente, siempre afable, sencilla, hospitalaria y curiosa por conocer, el número que teníamos asignado, nuestro origen de procedencia o cualquier otra banalidad que nos pudiera afectar.

Ya han pasado casi setenta años y todavía guardo en mi memoria los recuerdos siempre gratos de mi estancia en Padrón; con la gran suerte que hoy la Asociación, me permite volver al grupo, para de nuevo relacionarme con los que fueron mis antiguos compañeros de internado, pero con otro concepto más universal, es decir y también con los que no fueron compañeros por pertenecer a otras promociones diferentes.

Gracias a la Asociación hoy podemos reencontrarnos, relacionarnos, disfrutar de momentos llenos de nostalgias y alegrías, pero especialmente por confirmar que aquellos lazos que establecimos en la niñez, eran verdaderos y solidarios y que aun pasando muchos años perduran y perdurarán hasta el final de los tiempos. Gracias.

AVENTURAS INÉDITAS EN EL COLEGIO MARÍA CRISTINA

Por Alicia Redondo Saussol



13 de noviembre 1967

La comida reposaba ya en nuestros estómagos no muy llenos por las lentejas y las pelotas, cuando de repente aparecieron unas cajas blancas con unos signos grandes en rojo "L&M" en los bolsillos de algunas componentes de tan ameno grupo.

Una idea luminosa apareció entre las de "el clan":

—Un pitillito ahora sería de pánico, nos sentaría la comida estupendamente y además nos ayudaría a hacer mejor la digestión, ¿verdad?

Solo oír esto, salimos todas como una flecha por las escaleras de Elvira al lavabo de Santa Ana (uno que han hecho nuevo, que tiene un baño con cortina, dos lavabos, un taburete y una palangana encima del taburete, con ropa).

—Aquí nos nos pillan, dice una. Tenemos dos puertas: la de Elvira y la del pasillo. Cerrando la del pasillo con llave tenemos ya campo libre, pues Elvira no está, la pianista tampoco, y unas buenas piernas para correr.

Empezamos la función. Lorda, Mabel, Inma, Esperanza. Al cabo de breves instantes llega Alicia y Alonso. Alonso vuelve a bajar con Romeo. Las pescan a estas dos bajando.

A todo esto, en el lavabo club, como le habíamos designado, se oían comentarios como:

—Si vienen y nos pescan, tú y yo al baño. Corremos las cortinas y aquí no hay nadie.

—Si nos pescan y preguntan quiénes son, adivínalo usted que es tan lista.

De repente... miedo en el club. La Tere y la Esperanza.

—Esto ya es lo último. Vienen a pasar a este lavabo que es interior. Ya no tienen otro sitio. Ah pero ya pesqué a las autoras de esto (comentaban).

Nosotras mutis.

A todo esto abren la puerta del pasillo y se alejan. Todas queríamos salir, pero aún se oían las voces de la Tere y de la Espe gritando. Optamos pues por quedarnos mientras de nuevo la Espe cierra la puerta de Elvira. ¡oh!

—¡Salgan las que están ahí!

Lorda y Esperanza al baño. Cortinas corridas. Las restantes muertas de risa, seguían dentro.

—¡Salgan he dicho! Me quedaré aquí hasta que quieran salir y me sentaré para esperarlas.

(Más risas).

—Bueno, se oye. Hay que salir. Pero ¿quién es la guapa que sale la primera?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Pues no seré yo.

—Bueno, pues lo echamos a plom.

Alicia sale a plom y le toca a Lorda.

—Esto no vale, dice ella

Y empieza nuevamente a plom. Viendo que este método no daba resultado, nos quedamos mirándonos. ¿quién será la valiente?

Alicia abre dos veces la puerta y se esconde detrás de ella, pero nadie sale. Se vuelve a cerrar.

Se oyen los pasos de la monja como si se fuese. Entonces Esperanza dice:

—Bueno, seré yo la primera.

Ninguna salimos, pero ¡oh! ¡La desgracia! La Espe en la puerta

—¡Salgan, salgan!

No había otra solución. Salimos dos.

Lorda se escondió en el baño y corrió las cortinas otra vez. Inma y Mabel detrás de la puerta.

—¡Sus nombres! —nos dice la monja.

—Yo, Esperanza

(Risitas desde el lavabo)

—¡Salgan las que quedan en el lavabo! Esto es lo último. Ya no tienen otro sitio y vienen aquí.

Salen las restantes muertas de risa. Le dice Esperanza a Inma:

—Vete a buscar a la madre Mercedes o a la madre Natividad.

—¡Uy! Yo no.

(Más risas).

Continúa tomando nombres:

—¿Cómo te llamas tú?

—Inmaculada.

—¿Y tú?

—Pilar

—¿Y tú?

—Isabel

Jajaja.

—Bueno, ya se lo diré yo a quien se lo tenga que decir.

Salimos casi llorando de la risa y nos fuimos derechitas a decírselo a la madre Natividad. Como estaba con la madre Mercedes, no nos regañó. Nos dijo, bueno ahora airearos un poco por lo menos.

Y aquí se terminó todo. Sin más transcendencia para ninguna.

8 febrero de 1968

En la noche del 8 de febrero de 1968, en vista de la gripe que poseían muchas niñas, nuestras educadoras decidieron darnos la cena antes y cuál no sería nuestro asombro cuando al final nos sorprenden con una copa de coñac.

Por todas partes se veían caras de satisfacción, risas... quizá por el efecto del coñac... otras porque tenían algo planeado y parecía salirles bien, y otras por las dos cosas.

Mabel era la que poseía las llaves del reino, después de mucho circular del dormitorio a la sección, sección, maletas, maletas, dormitorio y... en uno de los retornos a la sección me veo a Mabel y a Monchy que suben con cara de pena.

Yo, ante aquel cambio brusco reaccioné y les dije:

—Pero qué pasa! —y me respondieron las dos a una.

—Que nos han pedido la llave de la biblioteca.

Yo al principio pensé, qué tendrá que ver esto, pero al final comprendí. Pero qué les iba a pasar Señor, que esa noche salía EL SANTO en la tele y tanto una como otra estaban desoladas, mientras que otras nos alegrábamos en el fondo pues es un personaje odioso.

En vista de que "los pitus" habían salido de la maleta como atraídos por mi imán, pensamos que no era justo que se pasasen una noche en vela y decidimos complacerles, mejor dicho complacernos nosotras. Pero antes de eso...

A Alix se le ocurrió hacer un alto en la velada, mientras que Monchy se encontraba en los lavabos, cogió mi almohada junto con mi salto de cama y con mucho cuidado formó una figura humana dentro de la cama de Monchy.

Tan sumamente bien la hizo que daba el camello y tanto que lo daba hasta el extremo de que Mary Cruz, muy cariñosa, fue a darles las buenas noches y al no encontrarle la cara para darle un beso, preguntó, Mari Carmen ¿qué te pasa?

En vista de que no recibía contestación decidió avisarla con un leve toque de mano derecha, pero al notarlo tan blando empezó a tirar y tirar y salió mi salto de cama. En fin... eso no supuso ningún problema pues Alix con su mano artística lo volvió a formar, mientras que yo la avisaba por si venía la interesada.

Nada, pasó un minuto o quizás menos, cuando me vuelvo a mi cama y no veo a Alix, pero seguidamente oigo unas risitas debajo de mi cama y una voz que me dice chist, no digas nada, yo chítón. Se abre la puerta del lavabo y aparece la silueta de Monchy. Yo la miro de soslayo y digo ahí viene, Alix no dejaba de reír.

Monchy al principio no se dio cuenta pero al llegar a su departamento y al encontrar un ser extraño dentro de su cama y a Alix que no aparecía por ninguna parte, dijo ¿quién está en mi cama? Y al llegar la tocó y dijo ¡venga Alix, levántate de mi cama! Al oír esto se oyó una desfogación general en el dormitorio.

Después de mucho reírnos, y en el momento en que Alicia se introducía en su cama-coche, empezó a funcionar con tanto ruido que a las protestantes de siempre les tocó actuar, el coche chocó contra dos camas, desarmándose por completo, ruedas por un lado, zapatos por otro, en fin, aquello parecía el nodo de una película de terror.

Por suerte las monjas no se enteraron de aquel estropicio y nos salvamos. Pudimos guardarla como una anécdota más en nuestra memoria.

CONCURSO DE FOTOGRAFÍA

VII PREMIO LOLI IZAGA

Todos los proyectos presentados al concurso están publicados en la página web.

PRIMER PREMIO: «LAS LAGUNAS SALINAS DE TORREVIEJA Y LA MATA»

Autor: José Antonio González Carmona

Junto con los vecinos parques naturales de El Hondo y las Salinas de Santa Pola, forman un triángulo de humedales de una importancia crucial para el desarrollo de los ciclos biológicos de numerosas especies que lo utilizan tanto en sus migraciones como en su nidificación o invernada.

El color rojizo de sus aguas es producido por un alga denominada Dunaliella salina y un crustáceo prehistórico que come de esta alga y que se denomina artemia, un crustáceo que tiene el aspecto de una pequeña gamba de unos 8 a 13 mm. de largo.

El Parque lo componen dos lagunas separadas entre sí por un anticlinal llamado "El Chaparral". Un canal une ambas depresiones que, además, están

comunicadas de forma artificial con el mar por medio de otros dos canales conocidos como "acequiones", conformando así una unidad de explotación salinera.

Las lagunas de La Mata y Torrevieja ya se explotaban en 1321, desde entonces se han venido explotando las lagunas para la extracción de sal y su exportación por toda Europa. No sería hasta los años 1980 cuando la conciencia por la naturaleza que rodea este entorno fuera objeto de debate para su protección. Fue declarado parque natural en 1988 por la Generalidad Valenciana, pero el decreto fue anulado por defecto de forma dos años después. La declaración definitiva se produjo el 10 de diciembre de 1996.





SEGUNDO PREMIO «NIEBLAS Y CENCELLADAS»

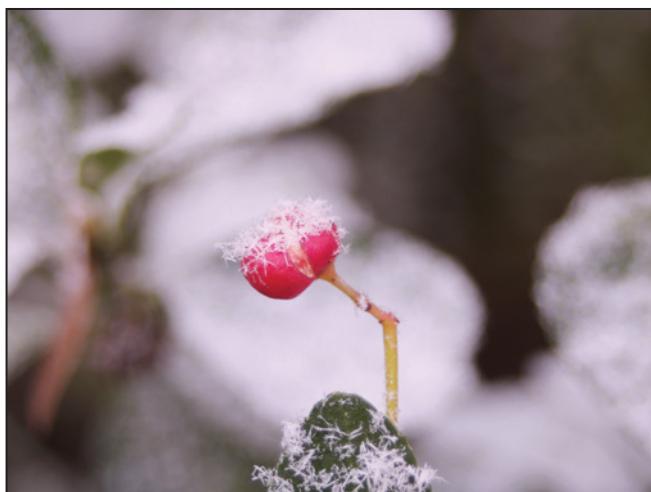
Autor: Ángel Asensio Abuja



Las nieblas y cencelladas aparecen por las riberas de los ríos de Valladolid, en invierno, dejan imágenes preciosas.

Vayan estas fotografías como homenaje a nuestro amigo píñfano José María Carro Albeira (QEPD) que dedicó unos versos a estos meteoros de la ciudad que adoptó como suya pese a proceder de Alicante.

España es bella y el alma de sus Píñfanos también.



«La niebla como humo de fogata
Cubre con su densidad el monte,
Niebla gris, oscura e inerte.
Si te toco, mi mano no te alcanza,
Si te miro, no puedo verte»

MENCIONES

VIDA SALVAJE

Por Marta González Bueno

No estamos solos, la observación de la Naturaleza nos permite ver una gran variedad de animales en su estado salvaje.



Espectacular mantis siempre peligrosa para los machos



El visón americano curioso y atento a posibles peligros



El caballito de mar se puede ver cerca de las masas de agua



El lagarto verde cada vez es más difícil de ver



El astuto zorro acecha a su presa

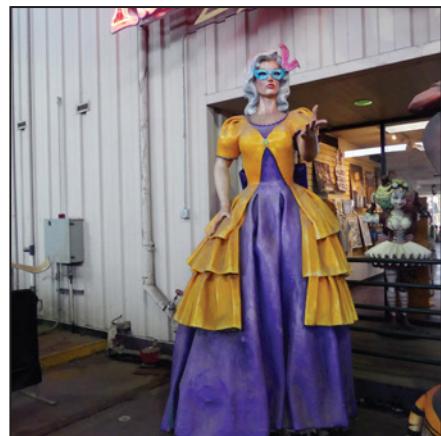
CARNAVAL EN NUEVA ORLEANS

Por Santiago de Ossorno

Mardi Gras, el nombre del carnaval es una expresión francesa, que se denomina como «Martes de Carnaval». Se celebra el día antes del miércoles de Ceniza. Mardi Gras es propiamente el desfile que tiene lugar el último día, aunque muchas veces se le asocia con toda la temporada. Se refiere a que era el último día para disfrutar de los

placeres tanto culinarios como carnales antes de la época de abstinencia que marca el inicio de la Cuaresma.

En el Museo de Mardi Gras se conservan algunos elementos de las carrozas que intervienen en el desfile, una especie de *ninots indultats* al estilo de las Fallas valencianas.



UNA SILLA PARA GUILLERMO

Por Alicia Redondo Saussol

Me permite ser más alto y ver muchas más cosas, con ella puedo inventar... soñar... jugar... descansar e imaginar mil historias.



PRESENTACIÓN DEL LIBRO «HISTORIA DE LOS COLEGIOS DE LA INMACULADA, SANTIAGO Y SANTA BÁRBARA Y SAN FERNANDO»

Burgos, 15 de mayo de 2025



Acto de presentación

Como estaba previsto se aprovechó la celebración del XX Día del Píñfano en Burgos para la presentación oficial de un nuevo libro sobre los colegios, quinto de la colección; conseguirlo en fecha ha significado todo un reto para los autores porque el tiempo pasa deprisa y a última hora siempre surgen inconvenientes que hay que superar, finalmente llegaron con puntualidad a la Residencia militar y

pudo realizarse el acto, acabado el cual los autores estuvieron dedicando y firmando ejemplares a los asistentes.

A continuación publicamos las palabras de los intervinientes, empezando por la directora del evento, nuestra Presidenta Marta González Bueno, que previamente había aceptado la invitación de los autores.

INTRODUCCIÓN DE MARTA GONZÁLEZ BUENO



Buenas tardes de nuevo a todos los presentes.

Aquí estamos reunidos en este acto que es la estrella de esta nueva pífanada en Burgos.

Se trata de la presentación en sociedad de esta nueva criatura fruto del esfuerzo y la ilusión de estos tres autores, bien conocidos por todos nosotros.

Los tres, han sido y siguen siendo pioneros de nuestra Asociación, a los que hemos recurrido en muchas ocasiones para pedirles ayuda y consejo ante pequeños o no tan pequeños problemas. Han empleado mucho tiempo y entusiasmo para que nuestra Asociación siga viva y caminando a pesar de las dificultades.

No sé si actualmente tienen mucho tiempo, pero se diría que están acostumbrados a multiplicarlo, y desde luego mantienen una alta dosis de entusiasmo.

Su libro, que es *nuestro* libro, así lo pone de manifiesto. Han trabajado en la recuperación y recopilación de datos almacenados en archivos oficiales en concreto del Patronato, en los almacenados en los archivos de la memoria, (de muchas memorias que guardan multitud de recuerdos y anécdotas), y de múltiples documentos gráficos.

El resultado del trabajo realizado es un testimonio muy valioso de nuestra historia, la de nosotros los pífanos, pero también es un testimonio de la historia cotidiana de España en unos años en los que imperaban unos métodos pedagógicos rigurosos e intransigentes, que forjaron personalidades fuertes, y que, ¡quien nos lo iba a decir! la situación actual, nos hace a veces añorar.

Los alumnos que se educaron en estos internados recurrieron a unas grandes dosis de ingenio para sortear toda clase de dificultades, tanto materiales como espirituales, y esto es narrado por los autores con desenfado y cercanía como si cada alumno del que hablan fuera un famoso Guillermo el genial.

Las sonrisas, hasta risas, que las situaciones cotidianas y anécdotas narradas provocan en el lector, son una muestra de su agilidad narrativa. Todos

nosotros, internos durante años en los colegios que el Patronato nos proporcionaba, nos identificamos o reconocemos las múltiples peripecias y astucias que se reflejan en las páginas de este libro.

Y por ello, me atrevo a decir que, para muchos, lo que se cuenta en el libro (quizás el último de otra serie de libros ya editados) tiene un valor terapéutico, pues nos ayuda a ahuyentar los posibles rencores que aún nos quedan, aunque a estas alturas confío en que sean pocos.

Me gustaría resaltar dos cosas que me han gustado especialmente. Una es la honestidad en el trato de todos los testimonios y narraciones que conduce a una unidad que nos hace olvidar que estamos leyendo una obra de tres autores. La otra, es la documentación gráfica, ilustrada con nombres y fechas, que la hace especialmente valiosa

No queda más que agradecerles su trabajo y a la llamada de “**queo, queo**” que ellos, muchos de vosotros, utilizabais en vuestra vida diaria, prestar atención, no porque se acerque el enemigo, que aquí somos todos amigos, sino para conocer algunos detalles que ellos mismos nos van a explicar sobre el proceso de escritura, y que seguro os va a conducir a iniciar la lectura sin demora.

Enhorabuena a los autores y muchas gracias a todos.



INTERVENCIÓN DE SANTIAGO DE OSSORNO



Buenas tardes a todos.

Hoy es San Isidro Labrador, patrón de Madrid, nos viene bien para la presentación de un libro que habla de tres colegios madrileños.

Quiero agradecer vuestra presencia en este acto; para nosotros los autores es una satisfacción poder compartir este momento con vosotros, sobre todo con quienes fuimos compañeros de trapillo, algunos de los cuales estáis presentes.

Han sido muchas horas de esfuerzo y dedicación, recordando, con la natural dificultad que conlleva hacerlo a cierta edad, la lejana vida escolar, con el único objetivo de poder mostrar hoy el resultado de nuestro trabajo.

Seguramente habrán quedado temas sin tratar, errores sin corregir y habremos metido la pata en ciertas cosas, pero la perfección no existe ni tampoco la buscamos; lo aceptamos con deportividad, sabiendo que hemos puesto todo de nuestra parte.

No ha sido sencillo reunir tanto material, ni tampoco lo contrario porque la Asociación mantiene una página web de la que hemos aprovechado relatos, fotografías y contenidos relacionados con nuestra historia que han sido ayuda imprescindible a la hora de armar el guion definitivo del libro.

Para exponer lo que este libro ha significado para nosotros, voy a recurrir a lo que he leído en la página web de un píñfano con el que coincidí al menos dos años en el Bajo, se trata de Bernardo Sou-

virón Guijo, escritor, profesor de lenguas clásicas, divulgador de la cultura helénica, músico, locutor de radio durante años y colaborador en diversos medios culturales. Curiosamente Souvirón, justo en este momento, está impartiendo una conferencia en Palma de Mallorca intitulada «El viaje infinito. La otra odisea de Ulises».

Bernardo dice:

«Sólo somos lo que hemos sido, nunca lo que somos, jamás lo que seremos. Estamos hechos de nuestro pasado, y el pasado es el único bagaje que habremos de llevarnos cuando nos toque abandonar este mundo. Hablar del pasado no es sólo hablar de lo que algo fue, es también hablar de lo que es y de lo que será. Nuestra memoria es la raíz que nos hace tener un lugar en el mundo. Y nuestro futuro depende de que seamos capaces de saber, no lo que somos, no lo que seremos, sino lo que hemos sido».

Tras lo cual voy a compartir con sus propias palabras la que podría ser la biografía de cualquiera de nosotros, es una pena no haberla encontrado antes porque sin duda habríamos dejado constancia de algo así en el libro.

«Nací en Córdoba, en el lejano año de 1953. Mis recuerdos de Córdoba están vinculados con algunas imágenes del patio de la casa de mis padres y con un chivo negro que me acompañaba en mi deambular por los pasillos de aquella casa. Apenas recuerdo nada más, ni de mi casa ni de la ciudad, pues la prematura y repentina muerte de mi padre convenció a mi madre de que debíamos (ella, mi hermana y yo) instalarnos en Madrid, ciudad a la que llegamos cuando apenas tenía cinco años.

Eran tiempos difíciles para una viuda joven y sola que apenas contaba con los ingresos que provenían de la pensión de viudedad de mi padre, militar de profesión. Sin embargo, convencida como estaba de que debíamos estudiar a toda costa, decidió matricularnos en el Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército (CHOE), donde ambos permanecimos internos nueve años, el tiempo que por entonces se tardaba en estudiar el llamado preparatorio y el bachillerato.

Ahora, tantos años después, recuerdo los internados militares como un sueño difuso en el que se mezclan tristezas y alegrías, imágenes sobre las que mi memoria ha tejido un velo de agradecimiento y cariño. Igual que con los hechos históricos, he aprendido a juzgar las muchas privaciones de entonces en el contexto del momento que las produjo, y creo haber conseguido valorar justamente todo lo que aprendí entre los muros húmedos, aparentemente hostiles, de aquellos colegios militares».

Bernardo lo cuenta con palabras tan sencillas como acertadas, que provocan emoción y serían aplicables a las familias de los miles de píñfanos

que pasamos por parecidas vicisitudes y por eso he querido compartirlas en la presentación.

Como somos tres los autores no quiero alargarme, pero antes de cerrar mi turno quisiera agradecer su ayuda a todos los que han colaborado para que el proyecto saliese adelante en las fechas previstas.

Primero y muy especialmente a mis dos amigos y compañeros de aventura como coautores, sin olvidar a nuestras queridas parejas, las tres aquí presentes; ellas nos han permitido dedicarnos largamente y sin poner trabas a la tarea; resulta evidente que os hemos quitado tiempo de estar juntos, pero seguro que nos perdonáis por habérselo dedicado a antiguos compañeros de fatigas, para los que hemos trabajado los últimos dieciocho años ininterrumpidamente como secretarios de la Asociación.

La paciencia es una virtud que practicáis y domináis, máxime desde que, sin saber lo que eso significaba, os casasteis con un píñfano; quizá no haya sido una tarea sencilla, nos disculpamos por los inconvenientes y os lo agradecemos de corazón.

También a todos vosotros por aprobar el proyecto en la Asamblea de 2023, y a todos los píñfanos que en su día enviaron fotografías, que nuestra añorada Loli Izaga se encargó de catalogar y mantener, y a los que se atrevieron con sentidos relatos, dejando escrita su experiencia vital en los colegios.

Nuestro agradecimiento va dirigido también a quienes nos habéis enviado nuevos contenidos durante los últimos meses, algunos han resultado realmente interesantes y nos han hecho evocar con emoción desbordada aquellos años, dejando que nuestra mente volase libremente para revivir, siquiera fugazmente y sin traumas, el pasado.

No quiero olvidarme de Fernando Lazo Payo, Zoyo, quien respondió con presteza, generosidad y buena disposición a nuestra petición de incluir algunas de sus acertadas y maravillosas viñetas en color en el libro, imágenes que reflejan y materializan con increíble fidelidad el alma de los píñfanos.

Ampliamos nuestro agradecimiento a los gestores del PAHUE, personalizándolo en su General Director, D. Fernando Maté Sánchez, por aceptar prologar un libro que al leerlo pudo sentir como suyo propio, por ser él mismo huérfano de militar; aunque no haya pasado por los internados, ha sabido captar su esencia.

No puede faltar un recuerdo agradecido a la editorial malagueña Libros ENCASA, por el estupendo trabajo de edición y publicación que han realizado y por la paciencia demostrada durante todas las fases del proyecto, atendiendo nuestras dudas y numerosas peticiones de cambio.

Tampoco quiero olvidarme de los píñfanos ni del personal docente que ya no están con nosotros, ellos no podrán ver el libro pero los hemos tenido presentes en todo momento y su recuerdo nos ha hecho perseverar sin desfallecer en el intento.

Para finalizar, no puedo ocultar la satisfacción personal (y el alivio) que sentimos por haber conseguido finalizar a tiempo lo que en principio parecía una utopía, satisfacción que sería completa si el libro tuviera buena acogida, sería el mejor premio que podríamos recibir.

Y sin más, con permiso de nuestra presidenta que tan amablemente ha accedido a dirigir este acto, doy por terminada mi intervención que he procurado no alargar demasiado.

Gracias.

INTERVENCIÓN DE JAIME TASCÓN CASALS



Quien me iba a decir a mí, militar de profesión y aprendiz de otros oficios, que con los años iba a cambiar la espada por la pluma, y que iba a poner todo mi empeño en sacar un libro adelante, ni más ni menos que un libro que recogiera las historias de muchos niños que, a corta edad, quedaron huérfanos y las circunstancias les llevaron a continuar sus estudios, en la mayoría de los casos, lejos de sus familias, bajo un régimen de internado en los colegios tutelados por el Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra.

Tampoco imaginaba entonces que, pasados muchos años, un distinguido grupo de emprendedores iba a acometer el proyecto de crear una Asociación nutrida con antiguos alumnos y alumnas de estos colegios, que hace bien poco ha cumplido su XX Aniversario y de la cual soy Secretario desde el 2017.

Entre las diversas actividades que se han acometido durante todos estos años en la Asociación, quiero destacar una de ellas que hoy nos reúne aquí y ha sido la recopilación de la historia de los colegios donde residimos y realizamos nuestros estudios, actividad que tuvo sus frutos con la edición de cuatro libros en los años 2007, 2012, 2013 y 2014 pero que, por unos motivos u otros, quedó estancada a partir de la publicación del último libro sobre el

colegio de la Milagrosa de Padrón y el Castillo de Santa Cruz.

Cuando nuestro anterior Secretario de la Asociación, Santiago de Ossorno, y actual Secretario Técnico, gran conocedor y profundo investigador de cientos de vicisitudes de los píñfanos y con buena pluma para escribir historias, relatos, etc. nos trasmittió su propuesta para editar el Libro del Colegio de Santiago, conocido como el CHOE BAJO, donde habíamos pasado muchos años, no dejó de asustarnos el proyecto por su envergadura, pero ciertamente nos cautivó desde el principio por diferentes motivos.

Una vez asimilada la propuesta por los tres autores, y valorando la importancia de los tres colegios madrileños por los que pasaron varios miles de alumnos, hasta que finalizó la etapa educativa en los mismos, decidimos acometer en un solo libro la historia de los colegios de la Inmaculada en Chamartín y los de Santiago y de Santa Barbara y San Fernando en Carabanchel, en base a que no son muchos los años que tenemos por delante como Asociación y que cada vez va siendo más complicada la publicación de estos libros por falta de voluntarios que asuman un nuevo proyecto, aunque no rechazamos ninguna iniciativa para acometer nuevos retos.

Dicho lo dicho, creemos que estos Libros, aparte de dejar constancia en ellos de cientos de vicisitudes que nos ayudan y nos ayudarán a recordar estos años de nuestra infancia y primera juventud, son un bonito legado para nuestras familias. Todos nosotros perdemos a nuestro padre en edades muy tempranas y el destino quiso que no pudieramos conocerlos en las distintas etapas de nuestra vida, para preguntarles en cada una de ellas por sus vivencias en edades similares a las nuestras.

Nosotros sí hemos tenido la oportunidad de trasmitirles directamente a nuestros hijos aquellas cosas que nuestros padres no pudieron y, además, dejamos constancia escrita de una parte de nuestras vidas para el recuerdo de nuestros hijos, nietos y allegados, en fin, un legado familiar de innegable valor y con el mismo objetivo que la recopilación de relatos que bajo el título de "Colección Píñfanos" vamos publicando en estos últimos años.

Para despedirme, y antes de pasar la palabra a Jesús Ansedes como tercer coautor del libro, quiero trasmitirle a Santiago de Ossorno, como alma y motor de este proyecto, del que nosotros también nos sentimos muy orgullosos, mi personal agradecimiento por esta última joya escrita, recopilada con mucha dedicación y cariño y que sin la colaboración generosa de otros muchos píñfanos, no hubiera sido posible.

INTERVENCIÓN DE JESÚS ANSEDES MOURONTE



Buenas tardes. Cuando Santiago de Ossorno me solicitó participar en este magnífico proyecto de redacción del libro sobre el Colegio Santiago de Carabanchel Bajo, aprobado en la Asamblea General de 2023 en Valencia, lo acepté sin condiciones ya que llevábamos diez años sin editar ninguno y temía que se quedaría sin su libro.

Aunque todos hemos colaborado en las distintas tareas de recabar datos, a mí me correspondió participar más activamente en la revisión de los nombres de los antiguos alumnos para disponer de un único

nombre por alumno porque, al ir avanzando en los cursos del bachillerato, los alumnos eran los mismos con nuevas incorporaciones, pero quienes escribían sus nombres en los diferentes documentos de cada colegio variaba, lo que ocasionaba discrepancias; por ejemplo, “J. Manuel López Pérez” y “José M. López Pérez” refiriéndose al mismo alumno.

En un principio pretendíamos incluir en la relación de antiguos alumnos (en total son los del listado de alumnos 2.588), el período de estancia en los distintos colegios. Algunos de los presentes recordaréis que os llamé por teléfono y os envié un WhatsApp probando la manera de recabar dichos datos. Pero dicha inclusión alargaría el texto al ser tres los períodos a añadir, uno por cada colegio, por lo que tuvimos que descartarla y aun así la relación ocupa 18 páginas a tres columnas.

Aquellos antiguos alumnos que lean el libro y no encuentren su nombre en la relación, se preguntarán el motivo de su exclusión, y la respuesta es sencilla, por la falta de constancia en la base de datos de la Asociación de los colegios por los que hemos pasado. Esos 2.588 alumnos los hemos encontrado en distintas fuentes, la más abultada en el libro “EL COLEGIO DE SANTIAGO HACE 50 AÑOS” impreso en la imprenta del PAHDET en el año 2000 y cuyo coordinador fue Gonzalo García Robayna, con una aportación de 1.145 alumnos. De otras fuentes muy variadas añadimos los otros 1.443.

Faltan muchos antiguos alumnos, pero la idea de completar nuestra hoja de cálculo con los años de los cursos aprobados por los píñfanos en los distintos colegios del PAHDET, se mantiene activa en la voluntad de los tres autores, para poder ofertar a todos los píñfanos que lo soliciten la relación de sus compañeros de curso lo más completa posible.

Muchas gracias Santiago, Jaime y colaboradores.

ASOCIACIÓN RETÓGENES

La sierra castellana y la Tierra de Pinares, entre Burgos y Soria, ofrece múltiples oportunidades de disfrutar de paisajes naturales que parecen no tener fin, de olores olvidados, de restos arqueológicos de gran importancia, de fósiles inimaginables y de rutas aun no explotadas masivamente.

Y sorpresivamente, uno encuentra, además, un museo, que es el fruto del trabajo y la ilusión de un grupo familiar que ha conseguido materializar sus sueños a base de ilusión y tesón.

Entre ellos están los hermanos Dolado, compañeros nuestros, lo que nos produce una especial satisfacción. A través de la asociación RETÓGENES, con sede en Navaleno (Soria), vienen trabajando durante años para recoger testimonios materiales de la historia de nuestro EJÉRCITO. El resultado de su trabajo, en parte, lo muestran en una exposición permanente de más de 2.500 metros cuadrados cuya visita resulta francamente grata e instructiva.

No es casual que la Asociación Retógenes haya conseguido el apoyo de empresas privadas e instituciones públicas, así como diversos premios y visitas relevantes. Además del material que se exhibe en el museo, y del fondo documental que custodian, son unos buenos divulgadores, y a lo largo de la visita, salpican las explicaciones con anécdotas y chascarrillos capaces de captar la atención tanto de los adultos como de los más pequeños.

Desde las páginas de nuestro boletín, queremos felicitarles por su trabajo y desearles que sigan creciendo.



La Asociación, en colaboración con los responsables de Retógenes, Eduardo Robles y Jesús Dolado, tiene previsto organizar una visita a su Sala Histórica durante el otoño de 2026 de la que informaremos puntualmente en su momento, sería una excursión

de dos días durmiendo una noche en Navaleno (a 204 kms de Madrid) y aprovechando el desplazamiento para visitar el pueblo y sus alrededores.

Marta González Bueno

NOTICIAS DE LA AHE

EVENTOS DE LAS DELEGACIONES 2024



Entrega de Pin de Oro

El pasado 9 de febrero, nuestro compañero José Quintano y esposa hicieron entrega del Pin de Oro —concedido durante el XIX Día del Píñfano celebrado en Córdoba— a la viuda de nuestro querido

compañero José Antonio Salgado Gómez, fallecido en Zaragoza el 26 de julio de 2024, por su dedicación a la Asociación desde su incorporación a la Junta en mayo de 2013 como vocal de Servicios Jurídicos.

En el acto de entrega la viuda estuvo acompañada por sus hijos, momento que resultó muy emotivo.

Delegación de Valencia, Murcia y Baleares

Nos informaba Tomás Gamero de esta comida de hermandad celebrada el pasado 25 de junio en Valencia.

Nos hemos reunido para celebrar una comida

de Hermandad. Lo hemos pasado fenomenal. Por cuestiones familiares ha habido algunas ausencias. ¡A la próxima!

En primer plano David García y nuestro decano Eduardo Cantó Piñeyro



Delegación de Madrid y Castilla La Mancha

El pasado día 9 de diciembre la delegación de Madrid y Castilla La Mancha celebró la tradicional comida de Navidad, en esta ocasión en las magníficas instalaciones del Centro Cultural de los Ejércitos en Gran Vía 13 de Madrid.

Acudieron 50 comensales que dieron cuenta

de un estupendo menú que resultó del agrado de todos, antes de empezar el secretario, Jaime Tascón, dirigió unas sentidas y emotivas palabras que los presentes agradecieron con una merecida salva de aplausos.

También se repartieron libros de los colegios y de la colección Píñfanos entre los asistentes que lo solicitaron.



Delegación de Valencia, Murcia y Baleares

Como en años anteriores, el 11 de diciembre nos reunimos para celebrar nuestra Comida de Navidad. Primero asistimos a una Misa en la Iglesia

Castrense por los que nos dejaron. Después comida en el Centro Cultural de los Ejércitos en amable y simpática convivencia. Para repetir.



El grupo en la Iglesia Castrense y el saludo entre el decano y el presidente de honor de la AHE



Dos momentos de la celebración

ENTREGA DE LIBROS AL PAHUE

El pasado día 17 de junio fuimos invitados a un acto interno del PAHUE que se aprovechó para hacer entrega de sendos ejemplares del libro de los colegios de Chamartín, Bajo y Alto a su General Director (Don Fernando Maté Sánchez), a los Coroneles Directores de las actuales Residencias San Fernando y la Inmaculada y dos ejemplares más para su exhibición en la Sala Histórica de la Residencia San Fernando y para la biblioteca del PAHUE.

Los actos comenzaron a las 12 con la recepción a los asistentes, a las 12:30 el Páter celebró una Santa Misa en la renovada capilla de la Residencia en la que pidió por todos los asistentes y tuvo un cariñoso recuerdo para los píñfanos.



Tras la Misa pasamos al comedor de la Residencia, donde el General Director dirigió una sentida alocución a los presentes, en especial para despedir al subteniente Rafael Mengual que se despedirá próximamente del Ejército tras 40 años de servicio, y saludar al personal del Patronato, a los coroneles directores de las residencias, a los píñfanos representados por el secretario de la AHE, Jaime Tascón, y al «aspirino» José Luis Barcenilla que recogió personalmente el que había encargado anteriormente, tras la cual procedimos a la entrega de ejemplares de los libros.



Momento de la alocución



Entrega de los libros

A continuación el General Director procedió a brindar por el Rey como es tradición en el Ejército y acto seguido degustamos unos aperitivos previos a la sensacional paella preparada por el subteniente Mengual, la verdad es que le quedó de «categoría», como se dice en la comunidad valenciana.



Agradecemos la invitación del PAHUE y también queremos destacar y reconocer la labor organizativa de Raquel López de Cos (en la foto con los autores del libro) que nos ha enviado el reportaje fotográfico y estuvo al tanto de todo y de todos facilitando el éxito de la reunión, así como la cariñosa acogida de los presentes hacia los píñfanos.

JURA DE BANDERA EN TOLEDO



El pasado 8 de noviembre, un grupo de píñfanos, familiares y amigos, tuvimos el honor de viajar a Toledo para participar en un acto de juramento a la bandera para personal civil, organizado por la Academia de Infantería. Fue un acto emotivo que nos ha llenado de orgullo.

La Jura o Promesa de Bandera para la población civil se enmarca en el acto militar de mayor solemnidad, cuyo objetivo es mostrar fidelidad y lealtad a la Nación española representada en su mayor símbolo: la Bandera.

La Jura de Bandera es un acto cívico y público que nos une y nos recuerda que la defensa de España es tarea de todos, un compromiso para ser buenos ciudadanos, contribuir al bien común y defender los valores y principios que nos hacen españoles.

Aunque no todos los miembros de nuestra Asociación pudieron asistir al acto, de alguna forma estuvieron presentes en cada momento y se unieron a nosotros en esta ocasión tan especial.

En nuestro caso, este acto ha sido también un homenaje a nuestros padres, a su sacrificio y dedicación. Ha sido una forma de mostrarles que su legado sigue vivo en nosotros y que seguiremos trabajando para hacer de nuestro país un lugar mejor.

¡Viva España!



Jurandos y acompañantes

ACTO MILITAR EN EL CEMENTERIO DEL CARMEN, VALLADOLID

El día 3 de Noviembre de 2025, se han celebrado los Actos de conmemoración militar del día de los Caídos por la Patria, en los Panteones militares del Cementerio del Carmen (Valladolid).

Actos que consistieron en una Ofrenda Floral en el Panteón Militar y otra en el Panteón del Patronato de Huérfanos del Ejército de Tierra

(PAHuet), seguidos del Toque de Oración y un responso rezado por el capellán castrense.

Al acto, en el que participaron los Jefes de las unidades de la plaza, sus suboficiales y cabos mayores, invitados por el Patronato, acudió una representación de la Asociación de Huérfanos de Ejército.



Representación de la AHE en los actos: Marta González Bueno, Jaime Tascón Casals y Rosa García Galván



ENTREVISTAS A PÍNFANOS

Iniciamos una nueva sección para dar a conocer a píñfanos de todas las épocas que estén interesados en compartir su experiencia, les agradecemos su disposición y esperamos que muchos otros se sumen a la iniciativa de la que dejaremos constancia en la página web.

*Hoy no contamos faltas:
repartimos historias.
Brindamos por tu manera
de hacer grande lo simple.
Esa escuela sigue abierta.*

ÁNGEL ASENSIO ABUJA

Mi nombre es Ángel Asensio Abuja, nací el 25 de febrero de 1945 en Getafe provincia de Madrid, donde mi padre estaba destinado en el Regimiento de Artillería, allí situado. Claudio Asensio Martín, capitán de Artillería, mi padre, falleció en día 5 de enero de 1946, por lo cual mi primer día de Reyes no pudo ser más triste. La causa del fallecimiento de mi padre fue leucemia.

Mi madre Rosalía Abuja quedó viuda con 42 años y cuatro hijos, mis hermanos Emilio (18) José Luis (9) y Carlos (5) y yo, Ángel, con 10 meses.

Por razones de edad y administrativas solo pudimos acceder a los colegios de huérfanos Carlos y yo, él con 7 años ya estaba interno en Padrón, yo por razones de salud estuve ingresado hasta los 7 años en el hospital militar de Valladolid con una tuberculosis incipiente, infiltrado en el pulmón derecho, que luego me ha dado guerra toda la vida, pero necesitando mucha ayuda médica que fue posible gracias a la medicina militar que con antibióticos y radiología me atendió.

Mi madre y su familia procedían de Valladolid, ciudad a la que se trasladó mi familia ya que fue desahuciada de las viviendas militares que ocupaban



Primero por la izquierda, a mi lado Julián Gallardo Izquierdo «el Moro», Félix Moreno, Falcó Barrachina y mi compadre José Carlos García Calleja

en Getafe y la que estaba solicitada en Valladolid no se la llegaron a conceder por causa del fallecimiento de Claudio, mi padre.

El panorama familiar era dantesco, a mi hermano Emilio lo ingresaron en el Ejército como voluntario con 18 años y gracias a su esfuerzo, estudio y dedicación acabó su vida como Comandante de EM, retirado con prontitud por las maniobras del ministro socialista Narciso Serra.

José Luis, mi segundo hermano, quedó sin colegio ya que el Patronato de Huérfanos le negó la plaza por no tener la edad mínima para el ingreso en Bachillerato; por ello anduvo sin rumbo por Valladolid, la educación por aquellos años era un lujo, hasta que tuvo edad para ingresar como voluntario (otro más) en el ejército en el Regimiento de la Red Permanente de Telegrafista y también gracias a su esfuerzo y dedicación, acabó su vida militar como responsable de las comunicaciones militares en Fuerteventura, como tantos también apartado por los ministros socialistas que gobernaron el ejercito con el único fin de mantener a sus fieles con el uniforme, y desprenderse de los viejos roqueros.

Como se puede ver en algunos casos de mi familia, el Ejército y Patronato de Huérfanos dejó mucho que desear en su comportamiento, sé que este comentario puede no gustar, pero lo manifiesto desde lo más profundo de mi sentimiento ya que así lo viví, el desamparo y falta de atención a las viudas de quienes entregaron sus vidas al servicio militar.

Quedábamos Carlos y yo, Carlos fue a Padrón con el 49 de número y allí cursó hasta segundo de Bachiller cuando fue trasladado a la Inmaculada, posteriormente al Bajo y Santiago de Valladolid, donde cursó Peritaje industrial sin mucha convicción, posteriormente inició y terminó los estudios de ATS, profesión que tuvo que abandonar por su deficiente salud que le llevó al retiro con 33 años por una esclerosis en placas que arruinó su salud, lo mantuvo por 17 años en silla de ruedas y falleció en el año 1990.

En cuanto a mi ingreso en Padrón, Una vez recuperado de mi tuberculosis me internaron en el entonces llamado Colegio de la Milagrosa hacia el año 52, a medio curso con lo cual lo perdí entero y empecé a prepararme para el ingreso de Bachiller, me asignaron el numero 71 (número primo), alojado en los naves dormitorios entre el número 70, Agapito Núñez, y el 72, José Salvador Andrés Santos, buena ubicación, entre dos excelentes píñfanos.

Una vez en Padrón, tan lejos de mi Valladolid, con su clima galico, sus meigas y demás, empecé a percibir que el lugar no era fácil de dominar con sus luchas físicas y académicas, un niño que no había tenido contacto con el exterior, como era mi caso, se encontraba incómodo y desubicado, físicamente no podía competir con verdaderos atletas, quiero recordar aquí a Martínez Tajadura (104 en Padrón)

un prodigo en educación física, como luego acreditó en el Ejército del Aire y otros píñfanos maestros en las artes gimnásticas, Gotarredona, etc.

De las batallas académicas quiero recordar sobre todo la que siempre mantuve con Ángel Manuel Gil Barberá, luego General de nuestro Ejército, un fenómeno de clarividencia y aprovechamiento escolar, alcanzando siempre las máximas notas en todas la materias, peleábamos duro en el tema académico, siempre estimulados por las monjas con aquellas tocas en forma de trompeta, unas veces el vencedor era él y otras yo, disputábamos, peleábamos duro por los dieces de calificación en las asignaturas, Gil Barberá se llevó el premio de matrícula de honor en los exámenes del Instituto de Pontevedra donde nos tuvimos que desplazar para realizar el examen a nosotros dos exclusivamente, él resultó justo vencedor, hoy en día me sigue resultando curioso recordar el desplazamiento a Pontevedra para el examen de matrícula de honor de ingreso, fuimos con una monja, creo recordar que Sor Inés, hierática siempre y por primera vez vimos comer a una monja en público, sentados los tres en un banco público del parque que había y hay en Pontevedra enfrente del Instituto. Fue como un aviso de que el mensaje religioso tenía un componente terrenal, que aquel mundo de espíritus tenía carne y hueso.

Yo venía de un hospital atendido y mimado por monjas de San Vicente sin la trompeta en la roca más humanas que las de Padrón (muy rígidas y en algunos casos con una cierta violencia en el trato a niños de no más de 12 años).

Como decía, me encontré con un lugar especial de gran disciplina en el rezo, novenas, rosarios, misas diarias, vía crucis, de todo eso hasta hartar, bastante disciplina de mucho rezo.

Unos pequeños picaruelos que con sus guardapolvos grises, sus sandalias de goma, solo nos daban botas para ir a los exámenes a Pontevedra, como alumnos libres. Luego ya probamos el calzado Segarra.

Todos pillos siempre prestos para hacer la novatada, que en mi caso ya no era tan nueva y pude librarme de ella gracias a la información, protección y predicamento de mi hermano Carlos.

Así fui sobreviviendo, acojonadico todo era misa, todo estaba prohibido, rosario, vía crucis, filas, subidas y bajadas por aquella escalera cuyo hueco mostraba durante una temporada (la de la matanza) el marrano para despiezar la matanza que veríamos y no cataríamos.

No había salido de mi casa y del hospital donde sentía control y ayuda permanente, pero en Padrón fue distinto, encontré o nos encontramos una colección de firmas de lo mejor de cada casa, intentaré, recordar (muy difícil) Gabriel Martínez Lavilla, (Gabriel 18,) Demetrio Álvarez Gómez (Pinto, el 99), Joaquín Sánchez Marcos (108), Félix el gato

(no me acuerdo del apellido creo que era Moreno Falcó), Iglesias Fernández 79, Barcos Sarachaga.

Tal vez 104, los hermanos Ardoi, como yo procedentes de Valladolid, Manolo 29, Mariano 30 y Álvaro 32, extraordinarios compañeros todos, grandes futbolistas como luego se demostró en el caso de Álvaro.

Puede ser difícil determinar quienes fueron mis mejores amigos ya que la palabra amistad es muy compleja, obviamente los ya citados eran compañeros de clase que luego por causa de la reválida de 4º y no digamos la de 6º iban quedando atrás académicamente hablando y te veías rodeado pero siempre arropado por otros píñfanos dicharacheros y alegres pese a lo que teníamos encima.

Hay que tener en cuenta que del Colegio de Padrón no se salía ni domingos ni fiesta ni nada de eso, solamente nos dejaban "sueltos" la tarde del Domingo de Resurrección que eran las fiestas de Pascua en el pueblo y podíamos disponer de algo del dinero que nos enviaban nuestras familias.

Me estoy centrando en el período 1952-57 que fue el que yo pasé en Padrón, luego tal vez las normas se aflojaron.

Las normas de salidas eran a los conventos limítrofes, algún funeral corpore insepulto en los dominicos allí arriba del monte Santiaguiño (sic) que yo todavía recuerdo con profundo desagrado, aquellas iglesias recubiertas de paneles negros, vamos una alegría continua, misas más misas, oficios religiosos Semana Santa, etc., la nochebuena te acostaban a las 8 de la tarde y a las 11 de la noche te despertaban y levantaban para celebrar la misa del Gallo y cantar villancicos y teníamos 10-12 años, lo justo para hacer ateos como reacción lógica.

Salidas tal vez al Prado junto al río Sar, donde podíamos echar unos partidos de fútbol que ríete de los Madrid - Barcelona,

Como yo era muy malo jugando al fútbol no me elegían nunca para los equipos contendientes y me tocaba de árbitro, soportando las críticas, algunas con cierta fiereza y riesgo físico, posteriormente y dada mi "habilidad" para la escritura y el relato, pasé a ser cronista de los partidos y después de la salida al campo y al regreso en aquellas preciosas y coquetas aulas, leía mi crónica del partido en público, teniendo buen cuidado de mencionar a todos los participantes no se me fueran a enfadar que alguno era muy bruto.

Especial mención aquí para el 18, Gabi Martínez Lavilla, un virguero del fútbol con un fino regate y dominio de balón aunque su velocidad, penetración al área y disparo dejaban que desear, de haber tenido esas cualidades... ni Maradona.

Especto al nivel educativo, nuestras profesoras las monjas no poseían un alto nivel académico y hacían lo que podían, siempre de agradecer sus desvelos y de reprochar alguna actuación de maltrato físico que recuerdo y prefiero obviar.



Recepción anual a los Píñfanos de la marquesa de Cavalcanti, Castillo de Santa Cruz (1959), de izquierda a derecha: López, yo mismo, Julián Gallardo, Trujillo y García Calleja

Así llegó 1957 y tuvimos que cambiar a la Inmaculada, en López de Hoyos, aquello cambió como del agua al vino, Madrid para unos niños de 12 años, con salida los fines de semana si tenías autorización familiar y notas no merecedoras de reproche, tenías que aprobar todo en los exámenes semanales, un tres suponía arresto y no salir por la mañana, con dos cuatros solo salías por la tarde, la mañana era para estudiar y recuperar lo que no habías hecho durante la semana, todo ello bajo el férreo control del Willy, director del cole de rudas maneras pero gran latinista, Don Lorenzo, El Triqui profesor de Latín.

El Foca (siento no recordar su nombre y lo digo sin rencor, antes al contrario) que repartía aquellos novísimos duros de papel que sacaba de su flamante cartera y con los que obsequiaba a aquellos que sacábamos un 10 en su asignatura, yo conseguí alguno de ellos y que bien venían para el paquete de cigarrillos que luego a escondidas y con gran riesgo fumábamos.

Don Trini excelencia en la Historia, Don José Hesse, único y al que todos debemos que nuestra formación literaria y que nos enseñaban a amar la historia y la filosofía, siempre con gran cuidado al mencionar a Kant o cualquier otro disidente.

Ya empezábamos a fumar, a mirar a las chicas, teníamos 13-16 años y el mundo era nuestro, y nos movíamos en el tranvía nº 1, el autobús 9, hasta la Plaza Castilla e incluso a ver algún partido en Chamartín para en los últimos minutos que habrían las puertas y algunos porteros nos dejaban entrar, pudiéramos ver en directo a Di Stefano, Miguel Muñoz, Kopa, Rial, Puskas, etc. toda aquella pléyade de estrellas del fútbol que empezaba a ganar copas de Europa y hacer rabiar al siempre envidioso Barcelona pese a los reiterados apoyos del Caudillo, regalándoles el Nou Camp y arbitrajes como luego han tenido históricamente.

Bueno, me he ido del tema por mi pasión futbolística, íbamos a bares de la Gran Vía, Luis Areñas y yo, a ver los partidos televisados en escasísimos

sitos y además muy caros, muchas veces no nos daban la oportunidad y nos echaban y otras tomando un café con gran sacrificio económico, conseguíamos ver a nuestros ídolos en la incipiente TVE, pero merecía la pena.

Así transcurrieron los cursos 57-62 cursando desde el 3º de Bachillerato hasta el Preuniversitario, yo conseguí unas excelentes notas y el general Villalba, presidente entonces del Patronato de Huérfanos, me entregó un premio en metálico cuya cantidad no recuerdo pero que mi madre y mi tía dedicaron íntegramente a confeccionarme un traje con el cual ya presumí unos años.

Surgieron primeros amores, guateques, lo que es una adolescencia feliz y motivada por el objetivo de estudiar para salir del atolladero.

Y llegó el fin de la estancia en Carabanchel Bajo, había que elegir carrera, yo quería ser ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y la opción era quedarme en Madrid en una residencia, pero la escasísima pensión (este punto merece capítulo aparte) de mi madre no permitía grandes alegrías y por ello elegí hacer Ciencias Químicas alojado en el colegio Santiago de Valladolid, mucho menos costoso para mi familia ya que la residencia en Madrid no la hubiera soportado la economía de mi madre; en el Santiago de Valladolid empecé y continué hasta 1967 cuando finalicé mis estudios con excelentes notas.

Salí del ámbito de los colegios. Padrón, Inmaculada, Carabanchel Bajo y Valladolid y empezaba la vida de no píñfano aunque este carácter nunca se pierde.

Desde entonces he trabajado como Químico, profesor en Enseñanza Media y Superior, Funcionario en Agricultura y posteriormente en labores Directivas técnicas, de gestión y asesoría en el campo de la Enseñanza e industria Metalo - Extractiva, casi 50 años.

Hice el Doctorado en Ciencias, Ingeniería Ambiental, Seguridad, Calidad, Agua, Emisiones, todo lo que he podido hacer lo he hecho, gracias al inestimable apoyo que siempre he tenido de mis Superiores, a mi deseo de aprender y mejorar mi rendimiento personal y técnico.

He presentado comunicaciones a Congresos por muchos sitios, es decir he tenido una vida profesional intensa.

Mis relaciones posteriores con Píñfanos han sido intensas excepto en Algorta, Vizcaya, donde residí algunos años, allí solo puede coincidir con Collado Espiga, pero donde quiera que fuera si sabía de algún huérfano me ponía en contacto; en Valladolid mi gran amigo Aldo (José Carlos García Calleja) con el que coincidí ya en la Inmaculada en 1957, hasta

su muerte en 2024 hemos sido compañeros, amigos, confidentes, compadres, padrino de mi segundo hijo.

No hay día que no le dedique un emocionado recuerdo. Dios sin duda le habrá guardado en lugar a su lado.

Que decir de Rosa García Galván y su clan de hermanas y hermanos, coincidíamos los píñfanos de Valladolid en los viajes de ellas a Aranjuez y nosotros a Madrid, guapísimas, educadas con el inglés suficiente para tararear alguna canción tal como Diana, etc.

En suma una juventud plena de emociones a la que siguió una madurez profesional, pero siempre regida por el principio de responsabilidad y amistad que nos inculcaron y aprendimos en los CHOE.

Hoy sigo manteniendo muchas relaciones (el WhatsApp hace maravillas) con Píñfanos y podría decir que un alto porcentaje de mis contactos hoy en día en el móvil son píñfanos.

Familiarmente me casé, tuve tres hijos, de los cuales actualmente tengo cuatro nietos que ya están enfocando sus carreras y todo ello gracias a que un hijo de campesinos de Ávila, ingresó en el Ejército como voluntario allá por los años 20 del siglo XX y con su aportación y la de sus compañeros al CHOE, pudimos algunos estudiar una carrera, ganarnos una vida digna, dar estudios a nuestros hijos y estos a su vez a nuestros nietos y en ello estamos, viendo crecer a nuestros nietos y esperando a la Parca, tranquilamente con la satisfacción del deber cumplido, sin prisa junto a mi compañera de vida Pilar.

Finalmente quiero recordar aquí a Gabi Martínez Lavilla, el 18 de Padrón, persona en la que cristalizan los conceptos de píñfano: amigo, hermano, benefactor, siempre con una sonrisa, una ayuda, un consejo, un favor, no solo para mí y mi hermano Carlos, para todo el que se acerca y toda la vida.

Si vais a Valladolid llamadle y preparaos para admirar su Bodega en Cigales, el Vaticano tiene arte y joyas, la Bodega de Gabi aún tiene más y sobre todo es cuna de píñfanía, amistad y españolidad.

No me quiero despedir sin el más emocionado recuerdo a las MADRES de los píñfanos que, como la mía, en edad temprana perdieron a sus maridos, se encontraron con una familia numerosa en muchos casos, sin sostén económico, además tuvieron que renunciar a la compañía de sus hijos, lo único que les quedaba para meterlos en centros como los nuestros y seguir adelante con unas pensiones vergonzosas y una desatención flagrante en muchísimos casos por parte del Patronato de Huérfanos del Ejército.

Valladolid 29 de agosto de 2025.

JUAN ANDRÉS ÁLVAREZ PÉREZ

Ingresé a mediados de junio con 15 años en la Inmaculada en una clase de niños de 11 años.

En 1955 me mandaron a examinarme de 2º curso, sabiendo que no me habían matriculado.

Mi padre, Juan Ramón Álvarez Pérez, era capitán del Arma de Infantería en el Cuerpo de Mutilados; durante la guerra, como alférez de Regulares, fue juez de paz y durante la paz, siendo teniente y mandando la Policía Armada de Huelva, fue Gobernador Civil sin dejar de ser militar. Fallecido de cáncer de próstata.

Con mi madre, Emilia Pérez Betanzos y mi hermana Emilia, que estuvo en María Cristina, Aranjuez, desde 1955 hasta 1966, vivíamos en Rociana (Huelva).

Destacaría la hermandad que había entre los compañeros, mis mejores amigos fueron José Alejandro de la Orden Blanco y Antonio Muñoz Arroyo.

Por entonces, el director del Patronato era el general Villalba, «papá Ricardo», el director del

colegio era don Antonio Salinas, «el Sasa», profesor de Latín, como profesores también recuerdo a don Luis Rejas «el Triqui» en Literatura y a don Joaquín Sánchez Revés «el Foca» en Historia.

El 9 de julio de 1956 ingresé en el Ejército con 16 años como Alumno Especialista M.E. en la 7ª Promoción de Transmisiones; en junio de 1960 fui ascendido a sargento con 20 años de edad mientras era buscado por la Guardia Civil en Rociana por prófugo al no presentarme a tallar.

Actualmente soy comandante retirado, especialista en la rama electrónica.

Vivo en Tenerife con mi esposa Mª del Rosario, tenemos dos hijas casadas y cuatro nietas. Maribel, la mayor, es médica y vive en Barcelona con su esposo e hija; Mª Cristina es odontóloga y vive con su esposo y tres hijas en Bogotá, así que el píñfano que suscribe, también conocido como «Marzito», tiene que cuidar a su esposa con Alzheimer.

Tenerife, 19 de septiembre de 2025.



FRANCISCO ALBIÑANA MORÁN

Mi padre era capitán de Artillería, estaba destinado en Barcelona, en el Regimiento de Artillería que había en la calle Tarragona, y vivíamos en uno de los pabellones militares colindantes con las tapias del cuartel. Éramos tres hermanos, dos chicas y yo.

Falleció en julio de 1953, por un inesperado fallo cardíaco, en el Hospital Militar de Barcelona, consecuencia de una anestesia mal aplicada durante una cirugía menor. Ese año yo estaba escolarizado en Zaragoza, viviendo temporalmente con mis tíos, mientras mi padre hacía el curso de ascenso a jefes. Un par de meses después, al iniciar el curso escolar, nos incorporamos los tres hermanos a los colegios y la tutela del Patronato de Huérfanos de Oficiales Ejército.

Mis Hermanas al femenino de Aranjuez y yo al de "La Inmaculada" para hacer primero de bachiller. Tutela que duró hasta 1964 que ingrese en la Academia General Militar, dándome tiempo a pasar por el de Carabanchel Bajo, 1957, (bachiller superior) y el de Carabanchel Alto (preparación militar), en este último me asignaron el numero 801 (de los otros no me acuerdo).

Mi incorporación al colegio de "La Inmaculada", que cambio mi cómoda vida familiar, por un interno de huérfanos, fue impactante pero no depresiva, la expectación por tantas cosas nuevas calmaba mi inquietud, pues hasta ese momento, el cariño de la familia, los Jesuitas de la Calle Urquinaona de Barcelona y Los Dominicos de la Plaza de San Francisco de Zaragoza habían sido mis colegios, y pasaba a un internado segrlar, vida para mi desconocida y por supuesto: interno separado de la familia.

Ver a los alumnos veteranos con el "trapillo", pareciéndome mayores o muy mayores (ya he dicho que yo entraba en 1º de bachiller, su primer nivel, y allí se estudiaba hasta cuarto curso, que compartía con el colegio Santiago de Carabanchel Bajo), dormitorios comunes, aulas con viejas bancas de madera, disciplina controlada por "los inspectores", patio en donde además de las formaciones, la principal actividad era el futbol en los recreos... Fueron grandes cambios a los que tuve que adaptarme forzosamente.

Al principio tuve dificultades con los estudios, las notas no eran buenas, se me daban muy bien las ciencias y muy mal las letras. La exigencia impuesta de memorizar excesivamente me pedía un tiempo y un esfuerzo que yo no le daba, pero pasé los cursos, hasta llegar a cuarto que no lo superé; fue cuando decidieron trasladarme al que se hacía en Carabanchel Bajo. Medida que sorprendentemente me beneficio mucho, pues mi vida mejoró bastante.

Volviendo a los recuerdos del colegio de La Inmaculada, debo decir que tampoco llevaba bien someterme a las normas y disciplina. Aquellos diez puntos virtuales, semanales, que manejaban los "inspectores", para valorar el comportamiento y la



La Inmaculada, 1963

conducta, me duraban poco. Ciento es que no tenía grandes faltas disciplinarias, pero el hablar cuando no se debía, el llegar tarde, y pequeñas desobediencias, hacían que la renta se acabase enseguida con demasiada frecuencia; me pasé muchos meses sin poder salir de paseo. Era asiduo a la clase de castigados durante el recreo o los fines de semana; y eso: sin contar la cantidad de veces, cientos, que tuve que hacer "copiados". Frases como "no hablaré en clase" y "obedeceré al inspector sin rechistar", u otras parecidas, pasaron por mi lápiz con reiteración, incluso hubo ocasiones, que algún bueno y piadoso amigo me ayudaba copiándolas él en hojas que yo intercalaba entre las mías.

Por otro lado, cuando me incorporé yo estaba bastante gordito, lo que era excepcional y generaba, al principio, una cierta marginación en el trato, pero no recuerdo haber sufrido acoso físico escolar. El mote que me pusieron nada más llegar fue "Michelin", como el anuncio de los neumáticos, mote que fue perdiendo actualidad, con el desarrollo de la pubertad y la obsesión que me invadió por hacer deporte, al que le dediqué mucho esfuerzo y esperanzas.

Pasé temporadas demasiado largas sin ver a la familia, y muchas vacaciones me quedaba en el colegio, pues no pudiendo ser atendidos por la familia los tres hermanos a la vez, yo prefería que lo fueran mis hermanas. El Castillo de Santa Cruz en la Coruña, colonia de veraneo, fue una gran alternativa que yo disfruté varios años sin problemas, mejorando el disfrute conforme crecía mi veteranía al mismo tiempo que aumentaba mi edad, mi sensatez y se adecuaba mi complejión. Proceso que mejoró notablemente con el paso del tiempo.

Hay que afirmar que durante toda mi estancia nunca pasé hambre, sí eché en falta algunos platos de cocina doméstica, que servían en casa antes de fallecer mi padre. Recuerdo que la comida extraordinaria del Día de la Inmaculada (8 de diciembre) era especial porque además de los festejos, nos ponían en huevos fritos y no puedo olvidar la mejora que supuso en la alimentación, lo que se llamó: "la ayuda americana", con su leche en polvo, chocolate y un queso inadmisible.

A modo de síntesis diré que mi paso por los tres colegios mencionados no fue uniforme. En la Inmaculada, viví un proceso de adaptación a mi nueva vida, superando el impacto de las dificultades que suponían la poca edad y la diferencia con mi anterior vida familiar afectiva, la carencia de la tutela personal de los padres, la sumisión a la necesaria disciplina escolar. Todo era nuevo para mí, pero lo superé y la aceptación de la situación se completó identificándome con el resto de alumnos.

A Carabanchel Bajo llegué siendo veterano, la vida del internado no era nueva y aunque yo iniciaba mi estancia en el nivel escolar más bajo, el cuarto de bachiller repetido, el desarrollo de mi cuerpo, pues crecí bastante, la evolución de la personalidad, del carácter, la pubertad, el que no nos trataran como niños, alivio mi estancia y me hizo más sensato. Contribuyendo a ello, especialmente, la facilidad en la práctica deportiva, que en ese colegio estaba fomentada por un joven y magnífico profesor de gimnasia, Manuel Pascua Piqueras, y facilitada por las amplias instalaciones, incluyendo una piscina, que cuando llegaba la pretemporada, yo era el encargado de elegir el equipo que la acondicionaba, privilegio que nos permitía eludir temporalmente los obligatorios estudios. Los recreos, cualquier tiempo libre, los fines de semana sin clases eran la oportunidad de intentar practicar algún deporte de los habituales en el colegio; recuerdo que salíamos al patio apresuradamente para llegar a completar el número de jugadores, y que después de la elección de sus equipos, por dos de los más hábiles, entre los que habían llegado primero, empezaban los partidos. El futbol, baloncesto y balonmano eran los más demandados, pero no hay que olvidar: la gimnasia, el hockey sobre patines, el atletismo...que también exigían su tiempo de entrenamiento, pues el Colegio participaba en los campeonatos escolares de Madrid, con bastante éxito. A mí al principio no me elegían, o lo hacían a la fuerza como último recurso, pero mi paciencia, insistencia, tenacidad y mejora, permitieron que fuera progresando y llegué a ser titular de los equipos del colegio.

Debo subrayar, pues es oportuno, que en ese colegio tuve una transformación notable en mi comportamiento y actividad escolar. En lo que tuvo que ver, además de lo descrito, el que pasado el cuarto y la reválida, en quinto, elegí "ciencias", donde predominaban las matemáticas, física, química, di-

bujo... que se me daban mucho mejor, y tomándome los estudios más en serio conseguí buenas notas, ascendiéndome a los primeros puestos de clase. Ese cambio, llamó la atención a los dirigentes del internado (D. David, D. Lorenzo y demás profesores) y también sorprendió a mi familia, que no acababa de creérselo (Incluso mi abuela, que recibía las notas en su domicilio, llamó preguntando si las había falsificado). El caso es que fui designado como una especie de "secretario" de Dirección, uno de los privilegios que ostentaban los alumnos distinguidos. ¡Quien lo hubiese dicho, algunos años antes!

Acabado el bachiller, opté, aun con dudas pues me atraía muchísimo la arquitectura, por intentar ser militar y me incorporé al colegio de Carabanchel Alto, donde se preparaba la oposición para ingresar en la Academia General Militar. Allí el ambiente era el adecuado para el gran esfuerzo que se exigía, en donde ya era una decisión personal el estudiar intensamente, el resultado se media en una única convocatoria anual, acudiendo a dicho centro, donde los tribunales de exámenes valoraban el mencionado esfuerzo. Pero los internos ya éramos adultos y aunque a esa edad duele el salir a la calle sólo los sábados y domingos, se vivía con alegría, compañerismo, esperanza e ilusión el poder ingresar en la carrera de nuestros padres. La preparación además del conocimiento necesario, exigía algo de suerte, pues sobre todo en las dos últimas pruebas, (séptima y octava, tras el primer examen escrito, de problemas) las dos de matemáticas, te enfrentabas a un tribunal formado por cinco profesores que, tras dar vueltas a un pequeño bombo de los de bingo, con las bolitas numeradas, te hacían sacar una con el temario de la



En el Alto en 1963, en la fila del profesor, 2º por la derecha

oposición que les tenías que exponer públicamente. Una pizarra, donde solo había una silla, un borrador y mucha tiza, te enfrentaba al porvenir deseado. Las demás pruebas eran por escrito, salvo un exhaustivo reconocimiento médico y las pruebas físicas. El caso es que, en 1964, conseguí superarlo y me incorporé a la Academia General Militar en septiembre como alumno del Cuerpo de Intendencia, saliendo en Ávila, cuatro años después, como teniente.

En la continuidad de mi internado no sentí soledad. Cuando la familia, los hermanos, están ausentes, la naturaleza acude a suplirlos con la amistad y yo tuve magníficos amigos, que ocuparon su puesto. El compañerismo y el aprecio que me demostraron han dejado una huella imborrable en mis recuerdos, algunos de ellos han fallecido, otros se han diluido en la distancia, pero afortunadamente todavía mantengo contacto con varios que siguen dándome el placer de su contacto. Juan Carlos Cáceres Barona, Alonso Siles, Muñoz Arroyo, Lalaguna Nieto, Gil Barberá, Francisco Nieto, Gil Piñas, Justo, Areste, Campos Espiga, Delgado Almellones, Salazar de Andrés, Romero Mené, Zubiaurre, Escudero, Tejada, Casado, Rivera, Vilches... y pido perdón, si leyendo esto, defraudo a alguno, pues hubo muchos más.

Profesores e inspectores en el recuerdo especial. Este punto ya ha sido respondido en los anteriores, pero además de los ya mencionados, dejaron impresión en mí. Inspectores como Camblo, en La Inmaculada. Artigó en el Bajo. Profesores como D. Pio, D. Trinidad o el de Historia, en La Inmaculada. El "Virulé" (perdón por los motes, pero no recuerdo algunos nombres, este era un magnífico profesor de Física y Química), en el "Bajo". En el Alto: El "Culebras" (tampoco recuerdo el nombre de este inspector, pero sí su mote), el coronel Sousa, coronel Tejero, coronel Lobo, coronel Usoz... Todos en el "Alto". Y muchos más que me gustaría incluir o definir, pero la falta de espacio y memoria me impiden hacerlo.

Mi primera vida al dejar los colegios, ya ha sido mencionada. La carrera militar, cuatro años más de internado y disciplina, pero con la satisfacción de tener un porvenir elegido y asegurado. La profesión militar es exigente y absorbente, y yo la he ejercido plenamente, ella me ha dado oportunidad de vivir situaciones y experiencias muy variadas, El Sahara, Paracaidismo, Profesorado donde fui alumno, misiones en Guinea, Guatemala, Alemania... Una hoja de servicio que no puedo exponer extensamente, pero sí mencionaré que me dio tiempo a diplomarme en varias especialidades, a ser profesor de Gimnasia, militar y civil, (llegué a dar clases, como civil, en un instituto), también hice los cursos de entrenador nacional de balonmano y atletismo, aunque nunca los ejercí, incluso llegué a iniciar los estudios de arquitectura, que debí abandonar por "La Marcha Verde", incluso pasado a la reserva de coronel, ejercí como director gerente de dos empresas varios años,

y participé en la política al ser elegido como concejal-diputado autonómico en la ciudad de Ceuta, donde resido. Ahora, la lectura, leer, escribir, viajar cuando puedo y disfrutar de los amigos, y sobre todo de la familia son mis ocupaciones favoritas.

Me casé en 1968, afortunadamente, con la misma mujer que vive a mi lado, que me ha apoyado siempre y sufrido con resignación las exigencias de mi profesión. Dentro de poco cumpliremos cincuenta y siete años de matrimonio. Hemos tenido cuatro hijos, tres chicas y un varón, que, junto a mis tres nietas, mayores ya y dos yernos son mi orgullo, mi cariño y mi alegría, alegría que se transforma en intima tristeza cuando recuerdo, y lo hago continuamente, a mi hija más joven fallecida repentinamente hace algo más de un año.

Pertenezco a la Asociación desde sus inicios, he asistido a varios Días del Píñfano, donde disfruto los recuerdos y añoranzas con los asistentes. He sido premiado un par de veces por mis poesías, y paso mucho tiempo ojeando "píñfanos.es", viendo fotos una y otra vez, recordando como vivimos, identificando a los compañeros, rememorando antiguas aventuras escolares... En fin, añorando aquella juventud que soporté adecuadamente y tratando de superar la dolorosa pérdida de un padre, intento conseguir los libros de los colegios en los que he estado (La Inmaculada, El Bajo, El Alto, El Castillo y también el de Aranjuez donde estuvieron mis dos hermanas).

Puedo añadir, que me siento bien representado por la dirección de la Asociación, a los que agradezco su dedicación y esfuerzo, sabiendo lo que ello supone. Pero respecto al futuro, la visión me inquieta, pues los "antiguos" píñfanos, aquellos que vivimos de la manera descrita en estas letras, vamos disminuyendo, vamos quedando menos por el paso del tiempo y de las actuales normas, afortunadamente mejores, que tutelan a los huérfanos. Veo con un cierto sentimiento de nostalgia, como van desapareciendo los colegios y residencias que formaron la red local tutelar del Patronato de Huérfanos.

Un muy fuerte abrazo a todos, deseándoles lo mejor en el caminar por la vida que nos toca recorrer.

Ceuta, abril 2025.

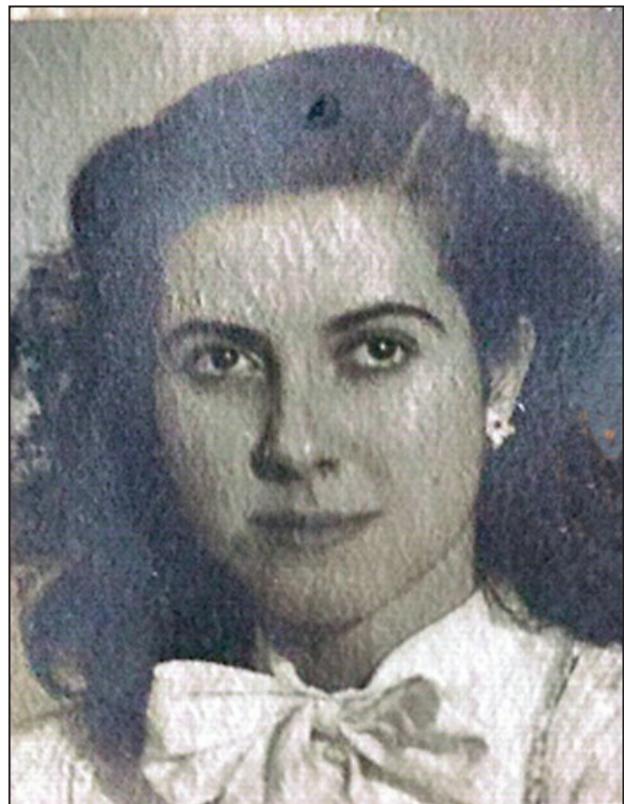


En la actualidad

VISITACIÓN ENRÍQUEZ PÉREZ

Mi padre era Juan Enríquez Morales, Capitán de Infantería, mutilado en la guerra de África. Falleció el 9/12/1941, por enfermedad, en Málaga, donde vivíamos. Éramos 7 hermanos.

Tres hermanas fuimos al colegio María Cristina de Aranjuez y un hermano al colegio de Chamarín. Estuve en el colegio desde septiembre de 1942 hasta junio de 1946.



*Foto de septiembre de 1947
Iniciando el segundo curso de magisterio*

Cuando llegué al colegio recuerdo que me llamó la atención el cuadro de la reina María Cristina y los dormitorios tan grandes.

Mis mejores amigas eran, Pilar Sainz (Piluca), Lolita Flores Mir, Pilarín Sierra y Carmen Justo.

Recuerdo especialmente a Sor María Evangelista, que era irlandesa y la conocíamos como «la Sister». La Madre superiora María Pilar. A Elvirita (no recuerdo el apellido) que, aunque no era monja, vivía con ellas y vigilaba los estudios. Sor Aurea que era la encargada de la enfermería.

Cuando volví a Málaga, estudié Magisterio. Mientras preparaba las oposiciones estuve en Sección Femenina como auxiliar de cultura, encargada de Coros y Danzas y Educación. Posteriormente fui regidora de Educación. Al mismo tiempo fui

locutora (o presentadora) de Radio Juventud de Málaga. Al aprobar las primeras oposiciones, fui como maestra primero a Genalguacil (donde había nacido el 13 de noviembre de 1928) y después a Gaucín. Cuando aprobé las segundas oposiciones (para plazas de más de 10.000 habitantes) volví a Málaga.

En 1958 Me casé con Luis Ruiz (fallecido en 2023). Tengo una hija, un hijo, una nieta y un nieto. Cuando me jubilé me vine a vivir a Alhaurín de la Torre y aquí sigo, llevando una vida lo más tranquila y relajada posible.

A la AHE la conocí a través de Pilar Sainz (Piluca) y entré el 16 de diciembre de 2008.

Esperaba reencontrarme con antiguas compañeras y conocer personas que hubieran vivido experiencias más o menos similares a las mías en los colegios. Sí que cumplió con mis expectativas.

Sigo la actualidad de la Asociación, pero dado mis nulos conocimientos con las nuevas tecnologías y mis problemas de visión, las novedades, libros y demás me los leen mis hijos o nietos.

Por mi edad y, sobre todo, mala salud, ya no puedo acudir a las actividades que se realizan. Cuando podía asistir a las reuniones de la Asociación siempre me parecieron bien organizadas y, para mí, emotivas.

Mantengo la relación con otros Píñfanos a través de mi hija.

Espero que el futuro de la Asociación sea largo.
Málaga, septiembre 2025.



Decana de la Asociación desde 2018

NATI JAIME



Soy Natividad Jaime.

Mi padre era Capitán de Infantería destinado en Barbastro (Huesca) cuando falleció de una angina de pecho el 29 de Agosto de 1953. Tenía 43 años y dejó a mi madre con tres niñas de 6, 4 años y un bebé de 6 meses.

Mi vida de Pínfana comenzó un 4 de Octubre de 1956 en el Colegio María Cristina de Aranjuez. Tenía 6 años y allí estuve hasta terminar mis estudios de Magisterio.

Mi entrada en el colegio la recuerdo como una aventura, no había salido de mi pueblo y aquello era una novedad. No sabía lo que era un internado y desconocía que iba a estar sin ver a mi madre muchos meses siendo tan pequeña.

Mis mejores amigas de entonces fueron las de mi edad que entraron al colegio el mismo año que yo. Luego con los años fueron cambiando sobre todo en Bachiller y más que nada en Magisterio dónde formamos una verdadera piña y hoy por hoy conservamos la amistad.

De los profesores y monjas guardo muchos recuerdos, los hay buenos y otros que prefiero olvidar. Había monjas encantadoras como Sister (nuestra profe de Inglés) que era todo bondad y otras, las menos, de las que no me quiero acordar.

Cuando salí del colegio con la carrera terminada, regresé a Barbastro y tuve la suerte de entrar a dar clase de Primaria en el colegio de San Vicente de Paul. En mis horas libres, daba clases particulares.

Después me casé y me trasladé a Hospitalet del Infante (Tarragona) lugar de trabajo de mi marido. Desde entonces me he dedicado a mi familia. Mi marido, mis tres hijos y mis nietas llenan mi vida. Puedo decir que soy feliz.

Conocí la existencia de la Asociación a través de una antigua compañera cuando se iba a celebrar el encuentro en Aranjuez. Disfruté muchísimo y enseguida me hice socia.

La Asociación cumple mis expectativas. Me ha permitido reencontrarme con muchas de mis compañeras y he conocido a muchos Píñfanos con los que mantengo muy buena relación. En estos momentos formo parte de la Junta Directiva como Delegada de Aragón y Cataluña.

Sigo la Página web, boletines, libros y relatos. Con estos últimos paso muy buenos ratos. Yo no cambiaría nada.

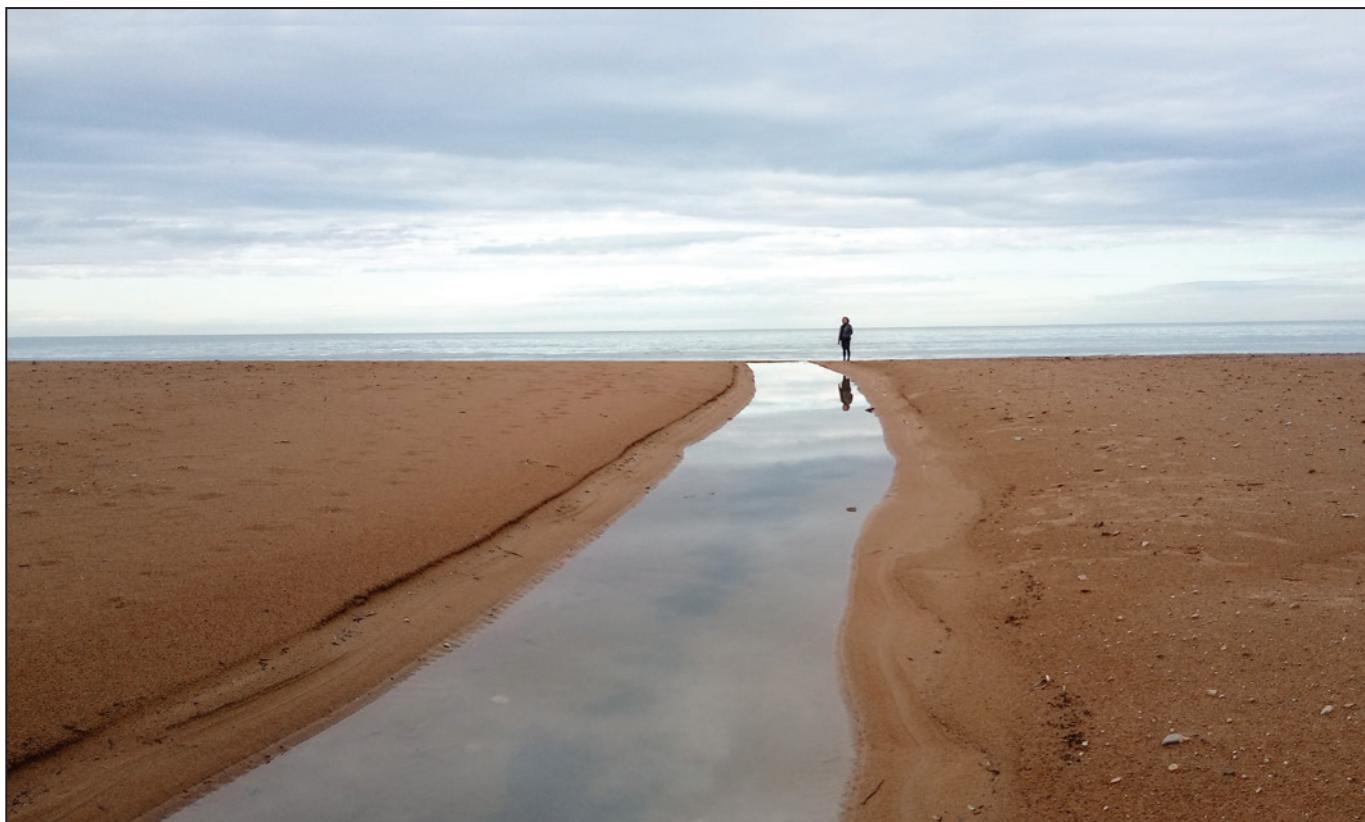
Me encantan los Días del Píñfano, disfruto con esos encuentros tan entrañables en los que somos una gran familia. Procuro no faltar a ninguno y si no fuera por el gasto que supone, no me importaría añadir un día más.

Me relaciono con mis compañeras a menudo por teléfono y Redes Sociales. Fueron muchos años juntas y me gusta mantener el contacto.

El futuro de la Asociación lo veo gris tirando a negro. Nos vamos haciendo mayores y falta savia nueva, las nuevas generaciones de huérfanos al no ir a los colegios no tienen nuestras vivencias y es difícil integrarlos. No sé qué se podría hacer para revitalizarla.



PÍNFANOS EN EL RECUERDO



*No decimos adiós al río,
lo vemos hacerse mar.
Lo nuestro es esta orilla
que aprende a despedir
sin romperse.*



Ahumada Contreras, Pilar
Antolín Morón, Jesús José María
Asensi Jerez, Manuel
Buenaventura Pons, Francisco
García García, Serafín Pedro
García-López de la Vega, Enrique Arístides
Iglesia Pérez-Alejandro, Ángel de la
Jurado Palacios, Rafael

Lorenzo Castillo, María Inés
Llorente Lafuente, Roberto
Martín Chico, José Antonio
Navacerrada López de Haro, María Luisa
Ortega-Baisse y de Lezcano, María Teresa
Pelegrí Escrivá de Romaní, Vicente
Puertas Rodrigo, Pedro
Solís Puerto, Ángel

Relación de fallecidos desde la edición del boletín anterior

COMUNICADOS

BOLETINES FUTUROS

Como ya se indicó en la Asamblea General de Burgos, queremos informar la posibilidad de este sea el último Boletín Píñfanos que se distribuya en formato papel; su continuidad se

decidirá año a año en función de las circunstancias y de las decisiones que se vayan tomando, pero es nuestra voluntad que al menos se puedan distribuir en formato electrónico.



CUOTA ANUAL

La cuota de 2026 se girará a partir del 1 de abril de dicho año cuyo importe se mantendrá en 30 euros para los socios protectores y 20 euros para los socios colaboradores.

El IBAN de la cuenta a utilizar para todos los asociados en sus operaciones con la Asociación, abierta en Banco Sabadell, es:

ES63 0081 1533 0900 0103 1013

La Asociación sigue recomendando encarecidamente la domiciliación bancaria por ser una mejora conveniente y necesaria en los procesos internos; los que ya tengan domiciliada la cuota anual no deben hacer nada, los recibos se pondrán al cobro desde nuestra tesorería en las cuentas registradas, cualquier cambio de cuenta por favor comunicadlo a la Asociación.



XXI DÍA DEL PÍNFANO

Con vistas a la celebración del próximo Día del Píñfano en la ciudad de Salamanca, elegida en la última Asamblea General, estamos manejando como fechas posibles las del 5 al 7 de mayo o bien del 18

al 20 del mismo mes, en función de la disponibilidad hotelera que estamos manejando, en un hotel céntrico y económico, la fecha final se determinará por la Junta en la reunión de marzo de 2026.



CONTACTO CON LA ASOCIACIÓN

Para facilitar el contacto con los miembros de la Junta indicamos la composición actual de la misma y el teléfono y/o email de contacto:



Marta González Bueno

Presidenta
699 304 164
gobumar@gmail.com



Carmen Jaime Santamaría

Vocal Andalucía, Ceuta, Melilla y Canarias
600 680 322
carmenjaime2@hotmail.com



Rosa Mª García Galván

Vicepresidenta
Vocal de Castilla León y Extremadura
600 639 292
rosgarsgal@yahoo.es



Natividad Jaime Santamaría

Vocal de Aragón y Cataluña
639 554 646
nati_jaime@hotmail.com



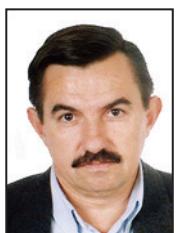
Jaime Tascón Casals

Secretario, Tesorero en funciones
Vocal de Madrid y Castilla la Mancha en funciones
Vocal de Galicia y Asturias en funciones
667 239 656
secretario@pinfanos.es



Pedro Esteban Yécora

Vocal de Cantabria, País Vasco, Navarra y La Rioja
629 782 274
esteban.pedro@gmail.com



Eduardo Dolado Esteban

Vocal de Servicios Jurídicos
649 444 213
edolado@hotmail.com



Tomás Gamero García

Vocal de Valencia, Murcia y Baleares
600 766 896
tomasmgamero52@gmail.com



Santiago de Ossorno de la Puerta

Secretario técnico
629 280 668
buzon@pinfanos.es / santiago.ossorno@gmail.com



Los acontecimientos, cuando no se escriben,
no se cuentan o no se recuerdan,
es como si no hubiesen ocurrido

Editado por la
Asociacion de Huérfanos del Ejército
c/ Joaquín Costa, 6
28002 Madrid